



UNA MIRADA PROFÉTICA

Mensajes para la Jornada Mundial
del **emigrante y refugiado**.

RECOPILOCIÓN

Joannes Paulus II





UNA MIRADA PROFÉTICA

Mensajes para la Jornada Mundial
del emigrante y refugiado

RECOPIACIÓN

Joannes Paulus n. II

Índice

INTRODUCCIÓN	3
PRÓLOGO	5
MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE:	
• "Emigrantes irregulares"	7
• "El compromiso de la Iglesia en favor de los emigrantes y los refugiados"	14
• "Compromiso cristiano de solidaridad y promoción humana de los emigrantes"	23
• "Peregrinación hacia la casa del Padre"	32
• "La pastoral de los emigrantes, camino para cumplir la misión de la Iglesia, hoy"	44
• "Desafíos emergentes en un mundo donde están llamados a convivir hombres y mujeres de culturas y religiones diversas"	57
• "Para un empeño en vencer todo racismo, xenofobia y nacionalismo exagerado"	64
• "Emigraciones en una visión de paz"	69
• "La integración intercultural"	75



UNA MIRADA PROFÉTICA

Mensajes para la Jornada mundial del emigrante y refugiado; Recopilación Arzobispado de Santiago

Plaza de Armas 444
Santiago

www.iglesiadesantiago.cl



INTRODUCCIÓN

El Departamento de Movilidad Humana, perteneciente a la Vicaría Episcopal para la Pastoral del Arzobispado de Santiago, se ha dado a la tarea de generar una recopilación que hemos denominado; "Una mirada profética: mensajes para la jornada mundial del emigrante y refugiado". Recopilación de los distintos mensajes que los tres últimos pontífices han hecho alrededor de ésta jornada; Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco.

Cada uno de estos discursos son parte de una reflexión que tienen como objetivo acercar la mirada del Pastor sobre un fenómeno que es importante para la Iglesia, y la cual pretende generar directrices que apunten hacia un acompañamiento válido y evangélico de los procesos de movilidad humana.

Cada uno de los Pontífices son enfáticos en afirmar en la necesidad de acompañar a las comunidades itinerantes, las cuales, en muchas de las ocasiones son víctimas de tratos que no corresponden a la dignidad humana; explotación laboral, sexual, leyes que no resguardan los derechos fundamentales inscritos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos, racismo, xenofobia, falsas ideologías y nacionalismos que invitan al miedo al extranjero, etc.

Ésta recopilación quiere alentar a los lectores a ver la realidad de la migración con los ojos de Jesús, mirada que en todas las ocasiones es misericordiosa y transmite el amor paternal de Dios, el cual quiere que sus hijos comprendan la creación y la misión del hombre como un gran proyecto de integración, donde no media ni el idioma, color de piel, ni el prejuicio por la diferencia.

Desde Juan Pablo II hasta Francisco, la movilidad humana ha ido tomando nuevos rostros, actores que se van incorporando a la gran reflexión que hace la Iglesia junto con acciones concretas, que permiten a distintas comunidades cristianas abrir sus corazones para acoger a tantos hermanos que buscan nuevas oportunidades.

Ésta también será una herramienta de estudio en los distintos procesos de formación que se vienen realizando a lo largo de la Iglesia de Santiago por parte del Departamento de Movilidad Humana, donde laicos, agentes pastorales, diáconos, sacerdotes... tengan la oportunidad de entender y dinamizar la reflexión de la Iglesia y ésta recopilación se convierta en una herramienta que dinamice los procesos pastorales en las distintas parroquias donde la migración ha llegado para quedarse.

Ésta también será una herramienta de estudio en los distintos procesos de formación que se vienen realizando a lo largo de la Iglesia de Santiago por parte del Departamento de Movilidad Humana, donde laicos, agentes pastorales, diáconos, sacerdotes... tengan la oportunidad de entender y dinamizar la reflexión de la Iglesia y ésta recopilación se convierta en una herramienta que dinamice los procesos pastorales en las distintas parroquias donde la migración ha llegado para quedarse.



PRÓLOGO

La movilidad humana no es un hecho reciente, la humanidad ha estado a lo largo de la historia tras la búsqueda de espacios que le permitan estar a salvo de la desolación, las guerras, la hambruna, sequías, etc. Todo esto hace parte de una innumerable cadena de sucesos de los cuales la historia ha ejercido como testigo y juez.

La iglesia misionera, peregrina y migrante no ha sido ajena a estos procesos y ha estado presente en cada uno de esos momentos para acompañar al pueblo de Dios, el cual busca la tierra prometida. (Éxodo 33)

Ante la desolación y la lejanía de la patria, la Iglesia que es Madre protectora y signo universal de acogida, abre sus brazos para atender los signos de los tiempos, pretendiendo la voluntad del mismo Cristo: " Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me acogisteis" (Mateo 25).

La familia de Nazaret es el fiel retrato de una migración que en ocasiones puede ser perversa, ya que los acontecimientos políticos, sociales, económicos arrastran a familias enteras a iniciar un éxodo, apremiadas por el miedo y la penuria tal como la familia de Nazaret; "...un ángel del Señor se le apareció en sueños a José y le dijo: «Levántate, toma al niño y a su madre, y huye a Egipto. Quédate allí hasta que yo te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo». Así que se levantó cuando todavía era de noche, tomó al niño y a su madre, y partió para Egipto, donde permaneció hasta la muerte de Herodes..." (Mateo 2, 13-15)

Familias enteras acompañadas por la fuerza del Espíritu salen en busca de una tierra que les acoja. La migración, en muchas ocasiones, es el camino que lleva de la muerte a la vida, un camino pascual por el cual se debe pasar. El migrante se enfrenta a la dicotomía de abandonar un espacio que hace parte de su identidad, pero que lamentablemente no le provee de los derechos básicos fundamentales, viéndose obligado a salir y enfrentar una nueva cultura, idioma, creencia, modos

de vida, etc. Pero a la vez esa sociedad de acogida se convierte en la vida, el lugar que le ofrece nuevas oportunidades para seguir construyendo los sueños y edificando la esperanza.

Chile se ha convertido en una tierra de esperanza para muchos que la ven como tierra de oportunidades, y los retos son muchos y diversos. Uno de los más grandes desafíos radica en la interacción y dinamismo de la diversidad en la cotidianidad; la interculturalidad es el paso más importante en la medida que invita a locales y migrantes a verse los rostros desde el evangelio, desde la perspectiva del amor, como el mandamiento capaz de construir un tejido social capaz de ver en el otro la imagen del mismo Cristo.

MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE 1996

“EMIGRANTES IRREGULARES”

AMADÍSIMOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. El fenómeno de las migraciones, con su compleja problemática, interpela, hoy más que nunca, a la comunidad internacional y a todos y cada uno de los Estados. Éstos, por lo general tienden a intervenir mediante el endurecimiento de las leyes sobre los emigrantes y el fortalecimiento de los sistemas de control de las fronteras, y las migraciones pierden así la dimensión de desarrollo económico, social y cultural que poseen históricamente. En efecto, se habla cada vez menos de la situación de emigrantes en los países de procedencia, y cada vez más de inmigrantes, haciendo referencia a los problemas que crean en los países en los que se establecen.

La emigración va tomando características de emergencia social, sobre todo por el aumento de los emigrantes irregulares, aumento que, a pesar de las restricciones en curso, resulta inevitable. La inmigración irregular ha existido siempre y a menudo ha sido tolerada porque favorece una reserva de personal, con el que se puede contar en la medida en que los emigrantes regulares suben en la escala social y se insertan de modo estable en el mundo del trabajo.

La emigración va tomando características de emergencia social, sobre todo por el aumento de los emigrantes irregulares, aumento que, a pesar de las restricciones en curso, resulta inevitable.

2. Hoy el fenómeno de los emigrantes irregulares ha asumido proporciones importantes, porque la oferta de mano de obra extranjera es exorbitante con

respecto a las exigencias de la economía, a la que ya le resulta difícil absorber la mano de obra interna, o porque se extienden las migraciones forzadas. La prudencia necesaria que se requiere para afrontar una materia tan delicada como ésta no puede caer en la reticencia o la evasión, entre otras cosas porque quienes sufren las consecuencias son miles de personas, víctimas de situaciones que, en lugar de resolverse, parecen destinadas a agravarse. La condición de irregularidad legal no permite menoscabar la dignidad del emigrante, el cual tiene derechos inalienables, que no pueden violarse ni desconocerse.

Es preciso prevenir la inmigración ilegal, pero también combatir con energía las iniciativas criminales que explotan la expatriación de los clandestinos. La opción más adecuada, destinada a dar frutos consistentes y duraderos a largo plazo, es la de la cooperación internacional, que tiende a promover la estabilidad política y a superar el subdesarrollo. El actual desequilibrio económico y social, que alimenta en gran medida las corrientes migratorias, no ha de verse como una fatalidad, sino como un desafío al sentido de responsabilidad del género humano.

Es preciso prevenir la inmigración ilegal, pero también combatir con energía las iniciativas criminales que explotan la expatriación de los clandestinos.

3. La Iglesia considera el problema de los emigrantes irregulares en la perspectiva de Cristo, que murió para congregar en la unidad a los hijos de Dios dispersos (cf. Jn 11, 52), recuperar a los excluidos, acercar a los lejanos e integrar a todos en una comunión no fundada en la pertenencia étnica, cultural y social, sino en la voluntad común de acoger la palabra de Dios y buscar la justicia.

La Iglesia considera el problema de los emigrantes irregulares en la perspectiva de Cristo, que murió para congregar en la unidad a los hijos de Dios dispersos

«Dios no hace acepción de personas, sino que, en cualquier nación, el que le teme y practica la justicia le es grato» (Hch 10, 34-35).

La Iglesia continúa la misión de Cristo. Se pregunta, en particular, cómo salir al encuentro, en el respeto de la ley, de las personas a las que se prohíbe la permanencia en el territorio nacional; se pregunta, además, cuál es el valor del derecho a la emigración sin el correlativo derecho de inmigración; en esta obra de solidaridad, se plantea el problema de cómo implicar a las comunidades cristianas, contagiadas a menudo por una opinión pública a veces hostil a los inmigrantes.

El primer modo de ayudar a esas personas es el de escucharlas para conocer su situación y, cualquiera que sea su posición jurídica frente al ordenamiento del Estado, asegurarles los medios necesarios de subsistencia.

Es importante, asimismo, ayudar al emigrante irregular a realizar los trámites administrativos para obtener el permiso de permanencia. Las instituciones de carácter social y caritativo pueden ponerse en contacto con las autoridades a fin de buscar, en el respeto de la legalidad, las soluciones oportunas para los diversos casos. Hay que hacer un esfuerzo de este tipo sobre todo en favor de quienes, después de una larga permanencia, se han radicado en la sociedad local hasta tal punto que el regreso a su país de origen equivaldría a una forma de emigración en sentido contrario, con graves consecuencias, especialmente para los hijos.



La Iglesia continúa la misión de Cristo. Se pregunta, en particular, cómo salir al encuentro, en el respeto de la ley, de las personas a las que se prohíbe la permanencia en el territorio nacional.

4. Cuando no se vislumbre ninguna solución, las mismas instituciones deberían orientar a sus asistidos, proporcionándoles eventualmente también ayuda material, a buscar acogida en otros países o a reanudar el camino del regreso a la patria.

Para la solución del problema de las migraciones en general, o de los emigrantes irregulares en particular desempeña un papel relevante la actitud de la sociedad a la que llegan. En esta perspectiva es muy importante que la opinión pública esté bien informada sobre la condición real en que se encuentra el país de origen de los emigrantes, los dramas que viven y los riesgos que correrían si volvieran. La miseria y la desdicha que les afectan son un motivo más para salir generosamente al encuentro de los inmigrantes.



Para la solución del problema de las migraciones en general, o de los emigrantes irregulares en particular desempeña un papel relevante la actitud de la sociedad a la que llegan.

Es muy importante que la opinión pública esté bien informada sobre la condición real en que se encuentra el país de origen de los emigrantes, los dramas que viven y los riesgos que correrían si volvieran.

Es necesario vigilar ante la aparición de formas de neo-racismo o de comportamiento xenófobo, que pretenden hacer de esos hermanos nuestros chivos expiatorios de situaciones locales difíciles.

A causa de las notables proporciones que ha cobrado el fenómeno de los emigrantes irregulares, es preciso que las legislaciones de los países interesados, en la medida de lo posible, se armonicen, entre otras cosas para distribuir mejor las cargas de una solución equilibrada. Hay que evitar recurrir al uso de reglamentos administrativos encaminados a restringir el criterio de pertenencia familiar, y que, como consecuencia, impulsan injustificadamente fuera de la legalidad a personas a las que ninguna ley puede negar el derecho a la convivencia familiar.

Se ha de asegurar una protección adecuada a las personas que, aunque hayan huido de sus países por motivos no previstos en las convenciones internacionales, de hecho pondrían seriamente en peligro su vida si fueran obligados a volver a su patria.

5. Exhorto a las Iglesias particulares a estimular la reflexión, dar directrices y proporcionar informaciones, para ayudar a los agentes pastorales y sociales a proceder con discernimiento en esta materia tan delicada y compleja.

Cuando la comprensión del problema esté condicionada por prejuicios y actitudes xenófobas, la Iglesia no debe dejar de hacer oír la voz de la fraternidad, acompañándola con gestos que testimonien el primado de la caridad.

La gran importancia que tienen los aspectos asistenciales en esa situación de precariedad no debe llevar a poner en segundo plano el hecho de que también entre los emigrantes irregulares se encuentran numerosos cristianos católicos que muchas veces, en nombre de la misma fe, buscan pastores de almas y lugares donde rezar, escuchar la palabra de Dios y celebrar los misterios del Señor. Es deber de las diócesis salir al encuentro de esas expectativas.

En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre y en ningún lugar.

La Iglesia es el lugar donde también los emigrantes ilegales son reconocidos y acogidos como hermanos.

En la Iglesia nadie es extranjero, y la Iglesia no es extranjera para ningún hombre y en ningún lugar. Como sacramento de unidad y, por tanto, como signo y fuerza de agregación de todo el género humano, la Iglesia es el lugar donde también los emigrantes ilegales son reconocidos y acogidos como hermanos. Corresponde

a las diversas diócesis movilizar para que esas personas, obligadas a vivir fuera de la red de protección de la sociedad civil, encuentren un sentido de fraternidad en la comunidad cristiana.

La solidaridad es asunción de responsabilidad ante quien se halla en dificultad. Para el cristiano el emigrante no es simplemente alguien a quien hay que respetar según las normas establecidas por la ley, sino una persona cuya presencia lo interpela y cuyas necesidades se transforman en un compromiso para su responsabilidad. «¿Qué has hecho de tu hermano?» (cf. Gn 4, 9). La respuesta no hay que darla dentro de los límites impuestos por la ley, sino según el estilo de la solidaridad.

6. El hombre, especialmente si es débil, indefenso y marginado, es sacramento de la presencia de Cristo (cf. Mt 25, 40. 45). «Esa gente que no conoce la ley son unos malditos» (Jn 7, 49), habían sentenciado los fariseos refiriéndose a quienes Jesús ayudaba más allá de los límites establecidos por sus prescripciones. En efecto, él vino a buscar y salvar a los que estaban perdidos (cf. Lc 19, 10), a recuperar a los excluidos, a los abandonados y a los rechazados por la sociedad.

«Era forastero, y me acogisteis» (Mt 25, 35). Es tarea de la Iglesia no sólo volver a proponer ininterrumpidamente esta enseñanza de fe del Señor, sino también indicar su aplicación apropiada a las diversas situaciones que sigue creando el cambio de los tiempos. Hoy el emigrante irregular se nos presenta

como ese forastero en quien Jesús pide ser reconocido. Acogerlo y ser solidario con él es un deber de hospitalidad y fidelidad a la propia identidad de cristianos.

Hoy el emigrante irregular se nos presenta como ese forastero en quien Jesús pide ser reconocido.

Con estos sentimientos, imparto a cuantos están comprometidos en el campo de las migraciones mi bendición apostólica, como prenda de abundantes recompensas celestiales.

VATICANO, 25 DE JULIO DE 1995, DECIMOSÉPTIMO AÑO DE MI PONTIFICADO.

IOANNES PAULUS PP. II



MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE DE 1997

“EL COMPROMISO DE LA IGLESIA EN FAVOR DE LOS EMIGRANTES Y LOS REFUGIADOS”

AMADÍSIMOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. Las vicisitudes de los emigrantes y los dolorosos desplazamientos de los refugiados, que a veces la opinión pública no considera suficientemente, no pueden menos de suscitar en los creyentes profunda participación e interés. Con este mensaje para la Jornada mundial del emigrante y del refugiado, además de manifestar mi constante atención a la situación a menudo dramática de quienes abandonan su patria, deseo invitar a los obispos, a los párrocos, a las personas consagradas, a los grupos parroquiales y a las asociaciones eclesiales y de voluntariado a tomar cada vez mayor conciencia de este fenómeno. La próxima Jornada mundial constituirá una ocasión para reflexionar sobre las condiciones en que se encuentran los emigrantes y los refugiados, impulsando a descubrir sus exigencias prioritarias y a elaborar respuestas más conformes con el respeto a su dignidad de personas y con el deber de la acogida.

El fenómeno de las migraciones se presenta hoy como un movimiento de masas, que implica en gran parte a personas pobres y necesitadas, alejadas de su país

El fenómeno de las migraciones se presenta hoy como un movimiento de masas, que implica en gran parte a personas pobres y necesitadas, alejadas de su país por conflictos armados, por condiciones económicas precarias, por enfrentamientos políticos, étnicos y sociales, y por catástrofes naturales.

por conflictos armados, por condiciones económicas precarias, por enfrentamientos políticos, étnicos y sociales, y por catástrofes naturales. Pero son muchos también los que se alejan de su país de origen por otros motivos. El desarrollo de los medios de transporte, la rapidez de la difusión de las informaciones, la multiplicación de las relaciones sociales, un bienestar más extendido, una mayor disponibilidad de tiempo libre y el aumento de intereses culturales hacen que los desplazamientos de personas cobren dimensiones enormes y a menudo incontrolables, llevando a casi todas las metrópolis una multiplicidad de culturas y provocando alteraciones socioeconómicas.

Además, las emigraciones, al poner en contacto, en el entramado de la convivencia diaria, a personas pertenecientes a diversas religiones, han convertido esta pertenencia en uno de los elementos de diversificación social. Los países que, en este sector, han sufrido los cambios más notables, son ciertamente los occidentales, de mayoría cristiana. En algunos de ellos la pluralidad de las religiones no sólo está difundida, sino también arraigada, porque el flujo migratorio está presente desde hace mucho tiempo. A los grupos religiosos más consistentes algunos Gobiernos ya les han concedido la situación de religión reconocida, con los beneficios que ello conlleva desde el punto de vista de la protección, las competencias, la libertad de acción y la ayuda económica para iniciativas culturales y sociales.

La Iglesia, reconociendo la libertad de culto para todo ser humano, es favorable a esas legislaciones. Más aún, mostrando estima y respeto hacia los seguidores de las diferentes religio-



La misión de anunciar la palabra de Dios, que Jesús confió a la Iglesia, desde el principio se ha entrelazado con la historia de la emigración de los cristianos.

nes, desea mantener con ellos relaciones efectivas de colaboración y, en un clima de confianza y diálogo, quiere cooperar para la solución de los problemas que van surgiendo en la sociedad actual.

2. La misión de anunciar la palabra de Dios, que Jesús confió a la Iglesia, desde el principio se ha entrelazado con la historia de la emigración de los cristianos. En la encíclica *Redemptoris missio* recordé que «durante los primeros siglos, el cristianismo se difundió sobre todo porque los cristianos, viajando o estableciéndose en regiones donde Cristo no había sido anunciado, testimoniaban con valentía su fe y fundaban allí las primeras comunidades» (n. 82).

Esto ha sucedido también en tiempos recientes. En el año 1989 escribí: «Muchas veces en el origen de comunidades cristianas hoy florecientes encontramos pequeñas colonias de emigrantes que, bajo la guía de un sacerdote, se reunían en modestas iglesias para escuchar la palabra de Dios y pedirle la fuerza necesaria para afrontar las pruebas y los sacrificios de su dura condición» (Mensaje para la Jornada mundial del emigrante y el refugiado, n. 2: *L' Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de diciembre de 1989, p. 2). Muchos pueblos han conocido a Cristo a través de los emigrantes procedentes de tierras de antigua evangelización.

Muchos pueblos han conocido a Cristo a través de los emigrantes procedentes de tierras de antigua evangelización.

En cierto sentido, hoy la tendencia del movimiento migratorio se ha invertido. Son los no cristianos quienes, cada vez en mayor número, acuden a países de tradición cristiana en busca de trabajo y de mejores condiciones de vida, y a menudo lo hacen en calidad de clandestinos y refugiados. Eso plantea problemas complejos y de difícil solución. La Iglesia, por su parte, como el buen samaritano, siente el deber de estar al lado del clandestino y del refugiado, imagen contemporánea del viajero asaltado, golpeado y abandonado al borde del camino de Jericó (cf. Lc 10, 30). Le sale al encuentro, derramando «sobre

sus heridas el aceite del consuelo y el vino de la esperanza» (Misal Romano, Prefacio común VIII), sintiéndose llamada a ser signo vivo de Cristo, que vino para que todos tengan la vida en abundancia (cf. Jn 10, 10).

La Iglesia, por su parte, como el buen samaritano, siente el deber de estar al lado del clandestino y del refugiado, imagen contemporánea del viajero asaltado, golpeado y abandonado al borde del camino de Jericó .

De este modo, actúa con el espíritu de Cristo y sigue sus huellas, realizando a la vez el anuncio de la buena nueva y la solidaridad con el prójimo, elementos íntimamente unidos en la obra de la Iglesia.

3. Con todo, la urgencia de socorrer a los emigrantes en las precarias situaciones en que a menudo se encuentran no debe frenar el anuncio de las realidades últimas, en las que se funda la esperanza cristiana. Evangelizar es dar a todos razón de nuestra esperanza (cf. 1P 3, 15).

Ahora bien, el mundo contemporáneo, marcado con frecuencia por injusticias y egoísmos, muestra un interés sorprendente por la defensa de los débiles y de los pobres. Entre los cristianos, en los últimos años, se ha registrado un anhelo de solidaridad, que estimula a un testimonio más eficaz del evangelio de la caridad. Sin embargo, el amor y el servicio a los pobres no deben llevar a subestimar la necesidad de la fe, realizando una separación artificial en el único mandamiento del Señor, que invita a amar al mismo tiempo a Dios y al prójimo.

El compromiso de la Iglesia en favor de los emigrantes y los refugiados no puede reducirse a organizar simplemente las estructuras de acogida y solidaridad. Esta actitud menoscabaría las riquezas de la vocación eclesial, llamada

en primer lugar a transmitir la fe, que «se fortalece dándola» (*Redemptoris missio*, 2). Al final de la vida seremos juzgados sobre el amor, sobre las obras de caridad realizadas en favor de nuestros hermanos «más pequeños» (cf. Mt 25, 31-45), pero también sobre la valentía y la fidelidad con que hayamos dado testimonio de Cristo. En el evangelio Jesús dijo: «Por todo aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 32-33).

El compromiso de la Iglesia en favor de los emigrantes y los refugiados no puede reducirse a organizar simplemente las estructuras de acogida y solidaridad. Esta actitud menoscabaría las riquezas de la vocación eclesial, llamada en primer lugar a transmitir la fe, que «se fortalece dándola».



Para el cristiano toda actividad tiene su inicio y su término en Cristo: el bautizado actúa impulsado por el amor a él y sabe que de la pertenencia a él brota incluso la eficacia de sus acciones

Para el cristiano toda actividad tiene su inicio y su término en Cristo: el bautizado actúa impulsado por el amor a él y sabe que de la pertenencia a él brota incluso la eficacia de sus acciones: «Sin mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5). A imitación de Jesús y de los Apóstoles, que acompañaron la predicación del Reino con signos concretos de su realización (cf. Hch 1, 1; Mc 6, 30), el cristiano evangeliza mediante la palabra y las obras, ambas frutos de la fe en

Cristo. En efecto, las obras son su fe operante, mientras que la palabra es su fe elocuente. Del mismo modo que no hay evangelización sin la consiguiente acción caritativa, así tampoco hay auténtica caridad sin el espíritu del Evangelio: son dos aspectos que están íntimamente unidos entre sí.

El verdadero pastor, incluso cuando está agobiado por enormes problemas prácticos, no olvida nunca que los emigrantes necesitan a Dios y que muchos lo buscan con sincero corazón.

4. «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios» (Mt 4, 4). El verdadero pastor, incluso cuando está agobiado por enormes problemas prácticos, no olvida nunca que los emigrantes necesitan a Dios y que muchos lo buscan con sincero corazón. Sin embargo, como sucedió a los discípulos de Emaús, a menudo sus ojos no son capaces de reconocerlo (cf. Lc 24, 16). Por eso, también a ellos se ha de ofrecer una presencia que, acompañándolos y escuchándolos, haga resonar la palabra de Dios, haga vibrar de esperanza su corazón y los guíe al encuentro con el Resucitado. El camino misionero de la Iglesia consiste en salir al encuentro de los hombres de toda raza, lengua y nación con simpatía y amor, compartiendo su situación con espíritu evangélico, para que se alimenten del pan de la verdad y de la caridad.

Es el estilo apostólico que se trasluce de la experiencia misionera de las primeras comunidades cristianas, del relato de la predicación de Felipe al ministro de Candaces, reina de Etiopía (cf. Hch 8, 27-40) y del episodio del sueño del apóstol Pablo (cf. Hch 18, 9-11). A este último, que actúa en la ciudad de Corinto, cuya población está formada en gran parte por emigrantes que trabajan en el puerto, el Señor le invita a no tener miedo, a «seguir hablando y no callar» y a confiar en el poder salvífico de la sabiduría de la cruz (cf. 1Co 1, 26-27).

Las experiencias del apóstol Pablo, narradas en los Hechos de los Apóstoles, atestiguan que él, guiado por la firme convicción de que sólo en Cristo hay salvación, se entregó totalmente a aprovechar cualquier circunstancia para anunciar al Mesías. Vivía este compromiso como un deber: «Predicar

el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1Co 9, 16). En efecto, era consciente de que los destinatarios tenían derecho a recibir el anuncio salvífico. Al respecto, mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, afirmó: «La complejidad de las cuestiones planteadas no implica para la Iglesia una invitación a silenciar ante los no cristianos el anuncio de Jesucristo. Al contrario, la Iglesia piensa que estas multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo, dentro del cual creemos que toda la humanidad puede encontrar, con insospechada plenitud, todo lo que busca a tientas acerca de Dios, del hombre y de su destino, de la vida y de la muerte, de la verdad» (n. 53).

La Iglesia piensa que estas multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo.

5. El evangelio de san Juan subraya que la muerte de Cristo estaba destinada a «reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (Jn 11, 52). El mismo evangelio narra que, durante la fiesta de Pascua, se acercaron a Felipe algunos griegos y le pidieron ver a Jesús (cf. Jn 12, 21). Felipe, tras haber consultado a Andrés, comunicó la petición al Señor, que respondió: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. (...) Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; y el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna. Si alguno me sirve, que me siga» (Jn 12, 23-26).

El evangelio de san Juan subraya que la muerte de Cristo estaba destinada a «reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos».

Se trata de griegos, es decir, de paganos, que quieren encontrarse con el Salvador, y a primera vista la respuesta no guarda relación con la petición. Pero a la luz de lo que acontecerá en el Calvario, comprendemos que la elevación sobre la cruz es la condición para la glorificación de Cristo ante el Padre y ante los hombres, y que sólo el dinamismo del misterio pascual satisface plenamente el deseo de los hombres de verlo y de encontrarse con él. La Iglesia está llamada a entablar un intenso dialogo con los hombres no sólo para transmitirles valores auténticos, sino sobre todo para revelarles el misterio de Cristo, porque solo en el la persona alcanza su dimensión más verdadera. «Yo, cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí » (Jn 12, 32). Esta atracción nos introduce en la comunión de la caridad y, capacitándonos para el perdón y el amor reciproco, realiza la auténtica promoción humana.

La Iglesia, consciente de ser el lugar en que la gente debe poder «ver a Jesús» y experimentar el amor, cumple su misión esforzándose por dar, con la lógica de la cruz, un testimonio cada vez más convincente del amor gratuito y sin reservas del Redentor, «hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado de hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo» (Ef 4, 13).

Poder «ver a Jesús» y experimentar el amor, cumple su misión esforzándose por dar, con la lógica de la cruz, un testimonio cada vez más convincente del amor gratuito y sin reservas del Redentor.

El año 1997 será el primero del trienio de preparación para el gran jubileo del año 2000, durante el cual los cristianos deberán concentrar su mirada de forma especial en la figura de Cristo. Renuevo a cada uno la invitación a intensificar la comunión con Jesús y a hacer operante la fe en él por medio de la caridad (cf. Ga 5, 6), con particular apertura de espíritu hacia quienes sufren necesidad o atraviesan dificultades. Así será más elocuente el anuncio del Evangelio, mensaje siempre vivo de esperanza y amor para los hombres de toda época.

Con estos deseos, imparto de corazón una especial bendición apostólica a los emigrantes y a los refugiados, así como a todos los que por amor se interesan por aliviar su difícil situación.

CASTELGANDOLFO, 21 DE AGOSTO DE 1996

IOANNES PAULUS PP. II



MENSAJE DEL PAPA JUAN PABLO II CON MOTIVO DE LA LXXXIV JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y DEL REFUGIADO

**“COMPROMISO CRISTIANO DE SOLIDARIDAD
Y PROMOCIÓN HUMANA DE LOS EMIGRANTES”**

AMADÍSIMOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. La Iglesia contempla con viva solicitud pastoral el aumento del flujo de emigrantes y refugiados y se interroga sobre las causas de dicho fenómeno y las condiciones particulares en que se encuentran las personas que, por diversos motivos, se ven obligadas a abandonar su patria. En efecto, la situación de los emigrantes y refugiados en el mundo se está haciendo cada vez más precaria. A menudo, la violencia obliga a poblaciones enteras a abandonar su tierra de origen para escapar de continuas crueldades; con mayor frecuencia aún son la miseria y la carencia de perspectivas de desarrollo las que impulsan a individuos y familias hacia el destierro para buscar medios de subsistencia en países lejanos, en los que no es fácil encontrar una acogida adecuada.

La situación de los emigrantes y refugiados en el mundo se está haciendo cada vez más precaria. A menudo, la violencia obliga a poblaciones enteras a abandonar su tierra.

Muchas son las iniciativas encaminadas a aliviar las molestias y los sufrimientos de los emigrantes y refugiados. A quienes se dedican a esa labor les expreso mi vivo aprecio, así como mi cordial aliento a proseguir generosamente en la actividad de apoyo, superando las no pocas dificultades que encuentren en su camino. A los problemas relacionados con las barreras culturales, socia-

les y, a veces, incluso religiosas, se unen los vinculados con otros fenómenos, como el desempleo, que azota también a países que son tradicionalmente meta de inmigración, la división de la familia, la carencia de servicios y la precariedad que afecta a muchos aspectos de la vida diaria. A todo ello se añade, por parte de las comunidades de llegada, el temor a perder su propia identidad a causa del rápido aumento de estos «extraños» en virtud del dinamismo demográfico, de los mecanismos legales de la reunificación familiar y de la misma inserción clandestina en la «economía sumergida». Cuando se pierde la perspectiva de una integración armoniosa y pacífica, el repliegue sobre sí mismos y la tensión con el ambiente, la dispersión y la pérdida de las energías se convierten en peligros reales, con consecuencias negativas y a veces dramáticas. Los hombres se encuentran «más dispersos que antes, confundidos en el lenguaje, divididos entre sí, e incapaces de ponerse de acuerdo» (*Reconciliatio et paenitentia*, 13).

Cuando se pierde la perspectiva de una integración armoniosa y pacífica, el repliegue sobre sí mismos y la tensión con el ambiente, la dispersión y la pérdida de las energías se convierten en peligros reales, con consecuencias negativas y a veces dramáticas.

Al respecto, los medios de comunicación pueden ejercer un gran influjo, tanto positivo como negativo. Su acción puede favorecer una justa valoración y una mayor comprensión de los problemas de los «nuevos llegados», eliminando prejuicios y reacciones emotivas, o, por el contrario, alimentar cerrazones y hostilidad, impidiendo y comprometiendo una justa integración.

Todo ello supone urgentes desafíos para la comunidad cristiana, que considera la atención a los emigrantes y refugiados una de sus prioridades pastorales.

2. Todo ello supone urgentes desafíos para la comunidad cristiana, que considera la atención a los emigrantes y refugiados una de sus prioridades pastorales. Desde este punto de vista, la Jornada mundial del emigrante constituye una ocasión oportuna para reflexionar sobre cómo intervenir de una manera cada vez más eficaz en este delicado ámbito de apostolado.

Para el cristiano, la acogida y la solidaridad con el extranjero no sólo constituyen un deber humano de hospitalidad, sino también una exigencia precisa, que brota de su misma fidelidad a la enseñanza de Cristo. Para el creyente, ocuparse de los emigrantes significa esforzarse por asegurar a hermanos y hermanas llegados de lejos un puesto dentro de las respectivas comunidades cristianas, trabajando para que a cada uno se le reconozcan los derechos propios de todo ser humano. La Iglesia invita a todos los hombres de buena voluntad a dar su contribución para que cada persona sea respetada y se eliminen las discriminaciones que humillan la dignidad humana. Su acción, sostenida por la oración, se inspira en el Evangelio y está guiada por su secular experiencia.



Para el cristiano, la acogida y la solidaridad con el extranjero no sólo constituyen un deber humano de hospitalidad, sino también una exigencia precisa, que brota de su misma fidelidad a la enseñanza de Cristo.

La comunidad eclesial realiza, además, una acción de estímulo con respecto a los responsables de los pueblos y de la comunidad internacional, de las instituciones y de los organismos implicados, por diversos motivos, en el fenómeno de la emigración. La Iglesia, experta en humanidad, cumple

esta misión suya tanto iluminando las conciencias con la enseñanza y el testimonio, como impulsando iniciativas oportunas para lograr que los emigrantes encuentren su justo puesto en las respectivas sociedades.

3. En particular, exhorta concretamente a los emigrantes y refugiados cristianos a no encerrarse en sí mismos, aislándose del camino pastoral de la diócesis o de la parroquia que los acoge. Sin embargo, al mismo tiempo, pone en guardia al clero y a los fieles contra la tentación de buscar simplemente su asimilación, que anularía sus características peculiares. Más bien, favorece la gradual inserción de estos hermanos, valorando sus diferencias para construir una auténtica familia de creyentes, acogedora y solidaria.

En particular, exhorta concretamente a los emigrantes y refugiados cristianos a no encerrarse en sí mismos, aislándose del camino pastoral de la diócesis o de la parroquia que los acoge.

Para este fin, conviene que la comunidad local, en la que se insertan los emigrantes y refugiados, ponga a su disposición organismos que les ayuden a asumir activamente las responsabilidades que les competen. En esta perspectiva, al sacerdote a quien se encarga específicamente el cuidado pastoral de los emigrantes se le pide que sirva de puente entre culturas y mentalidades diversas. Eso supone que tiene conciencia de desempeñar un verdadero ministerio misionero «con el mismo afecto con que Cristo por su encarnación se unió a las condiciones sociales y culturales concretas de los hombres con los que convivió» (*Ad gentes*, 10).

Conviene que la comunidad local, en la que se insertan los emigrantes y refugiados, ponga a su disposición organismos que les ayuden a asumir activamente las responsabilidades que les competen



El hecho de que a veces la acción apostólica en favor de los emigrantes se realice entre desconfianzas, e incluso hostilidad, no debe convertirse en motivo para renunciar al compromiso de solidaridad y promoción humana.

El hecho de que a veces la acción apostólica en favor de los emigrantes se realice entre desconfianzas, e incluso hostilidad, no debe convertirse en motivo para renunciar al compromiso de solidaridad y promoción humana. La exigente afirmación de Jesús: «Era forastero y me acogisteis» (Mt 25, 35) conserva en cualquier circunstancia toda su fuerza e interpela la conciencia de los que quieren seguir su ejemplo. Para el creyente, acoger a los otros no es sólo filantropía o atención natural a sus semejantes. Es mucho más, porque en todo ser humano sabe encontrar a Cristo, que espera ser amado y servido en los hermanos, especialmente en los más pobres y necesitados.

4. Jesús, el Hijo unigénito hecho hombre, es la imagen viviente de la solidaridad de Dios con los hombres. «Siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de que os enriquecierais con su pobreza» (2 Co 8, 9). Sólo una comunidad cristiana atenta realmente a los demás acoge y realiza el testamento que dejó Jesús a los Apóstoles en el cenáculo, la víspera de su muerte en la cruz: «Como yo os he amado, así amaos también vosotros los unos a los otros» (Jn 13, 34). El Redentor pide un amor que sea don de sí, gratuito y desinteresado.

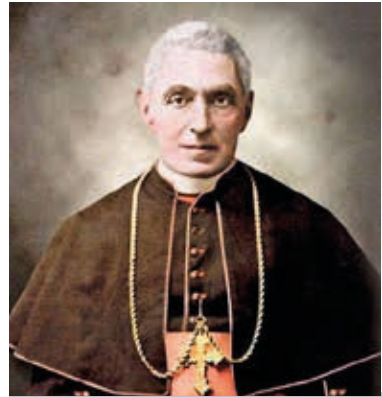
Son proféticas, al respecto, las palabras de Santiago, que escribía así a las «doce tribus de la diáspora», es decir, probablemente a los cristianos de origen judío dispersos en el mundo grecorromano: « ¿De qué sirve, hermanos míos,

que alguien diga: "Tengo fe", si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros les dice: "Id en paz, calentaos y hartaos", pero no les dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta» (St 2, 14-17).

Son proféticas, al respecto, las palabras de Santiago, que escribía así a las «doce tribus de la diáspora»

5. Me complace señalar aquí el luminoso ejemplo de un apóstol que supo testimoniar de manera viva y profética el amor de Cristo a los emigrantes. Me refiero a monseñor Juan Bautista Scalabrini, a quien precisamente hoy, 9 de noviembre, he tenido la alegría de proclamar beato.

Vivió desde dentro el drama del éxodo de los emigrantes que, en los últimos decenios del siglo pasado, se dirigían en gran número desde Europa hacia los países del nuevo mundo, y vio con claridad la necesidad de una atención pastoral específica, mediante una adecuada red de asistencia social. En esta perspectiva, mostrando una fina intuición espiritual, así como un gran sentido práctico, fundó las congregaciones de los Misioneros y las Misioneras de San Carlos. Asimismo, patrocinó con energía la creación de instrumentos legislativos e institucionales para la protección humana y jurídica de los emigrantes contra cualquier forma de explotación.



Me complace señalar aquí el luminoso ejemplo de un apóstol que supo testimoniar de manera viva y profética el amor de Cristo a los emigrantes.

Hoy, en situaciones sociales ciertamente diversas, los hijos e hijas espirituales de monseñor Scalabrini, a los que se han unido sucesivamente, como herederos del mismo carisma, las Misioneras laicas scalabrinianas, siguen sus huellas, testimoniando el amor de Cristo a los emigrantes y proponiéndoles su Evangelio, mensaje universal de salvación. Que monseñor Scalabrini sostenga con su ejemplo y con su intercesión a todos los que, en cualquier parte del mundo, trabajan al servicio de los emigrantes y los refugiados.

6. Para dar un firme testimonio cristiano en este exigente y complejo sector, es importante «descubrir al Espíritu como aquel que construye el reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo» (*Tertio millennio adveniente*, 45).

¿Cómo olvidar que el año 1998 está dedicado al Espíritu Santo, cuya acción se manifestó de manera extraordinariamente eficaz en el acontecimiento de Pentecostés? En el *Mensaje para la XVI Jornada mundial de la paz* escribí: la venida del «Espíritu Santo hizo encontrar a los primeros discípulos del Señor, por encima de la diversidad

La venida del «Espíritu Santo hizo encontrar a los primeros discípulos del Señor, por encima de la diversidad de lenguas, el camino real de la paz en la fraternidad»

de lenguas, el camino real de la paz en la fraternidad» (n. 12: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 26 de diciembre de 1982, p. 6).

En la antigua Babel la soberbia destruyó la unidad de la familia humana. El Espíritu de Pentecostés vino a reconstituir con sus dones esa unidad perdida, rehaciéndola según el modelo de la comunidad trinitaria, en la que las tres Personas subsisten distintas en la indivisa unidad de la naturaleza divina. Quienes escuchaban a los Apóstoles, sobre los que había bajado el Espíritu Santo, quedaban asombrados al entender la palabra cada uno en su lengua (cf. Hch 2, 7-11). La unanimidad de esa escucha, hoy como entonces, no va

en detrimento de la diversidad de las culturas, pues «toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana». Más allá «de todas las diferencias que caracterizan a los individuos y a los pueblos, hay una fundamental dimensión común, ya que las varias culturas no son en realidad sino modos diversos de afrontar la cuestión del significado de la existencia personal» *Discurso a la 50 Asamblea general de las Naciones Unidas*, 5 de octubre de 1995, n. 5: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 13 de octubre de 1995, p. 8).

«Toda cultura es un esfuerzo de reflexión sobre el misterio del mundo y, en particular, del hombre: es un modo de expresar la dimensión trascendente de la vida humana».

El año del Espíritu Santo invita, por consiguiente, a los creyentes a vivir más profundamente la virtud teologal de la esperanza, que les proporciona motivaciones sólidas y profundas para el compromiso en favor de la nueva evangelización y en favor de los que, procedentes de países y culturas diversos, esperan nuestra ayuda para realizar plenamente sus propias potencialidades humanas.

7. Evangelizar es dar razón a todos de la esperanza que hay en nosotros (cf. 1 P 3, 15). En ese deber, los primeros cristianos, a pesar de ser una minoría dentro de la sociedad, eran audazmente emprendedores. Sostenidos por la parresía, que les infundía el Espíritu Santo, sabían dar con arrojo testimonio de su fe.

Evangelizar es dar razón a todos de la esperanza que hay en nosotros.

También hoy «los cristianos están llamados a prepararse al gran jubileo del inicio del tercer milenio renovando su esperanza en la venida definitiva del

reino de Dios, preparándolo día a día en su corazón, en la comunidad cristiana a la que pertenecen y en el contexto social donde viven» (Tertio millennio adveniente, 46).

El fenómeno de la movilidad humana evoca la imagen misma de la Iglesia, pueblo peregrinante en la tierra, pero constantemente orientado hacia la patria celestial. A pesar de las innumerables molestias que implica, este camino nos recuerda el mundo futuro cuya imagen impulsa a la transformación del presente, en el que se deben eliminar las injusticias y las opresiones con vistas al encuentro con Dios, meta última de todos los hombres.

El fenómeno de la movilidad humana evoca la imagen misma de la Iglesia, pueblo peregrinante en la tierra, pero constantemente orientado hacia la patria celestial.

Encomiendo el compromiso apostólico de la comunidad cristiana en favor de los emigrantes y refugiados a «María, que concibió al Verbo encarnado por obra del Espíritu Santo y se dejó guiar después en toda su existencia por su acción interior (...). Ella ha llevado a su plena expresión el anhelo de los pobres de Yahveh, y resplandece como modelo para quienes se fían con todo el corazón de las promesas de Dios» (ib., 48). Que ella, con su maternal solicitud, acompañe a todos los que trabajan en favor de los emigrantes y refugiados, enjugue las lágrimas y consuele a los que se han visto obligados a abandonar su tierra y sus afectos.

A todos imparto mi confortadora bendición.

VATICANO, 9 DE NOVIEMBRE DEL AÑO 1997, VIGÉSIMO DE MI PONTIFICADO.

IOANNES PAULUS PP. II

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE 1999

“PEREGRINACIÓN HACIA LA CASA DEL PADRE”

AMADÍSIMOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. El Jubileo, al que nos estamos acercando a grandes pasos, representa para todos un momento extraordinario de gracia y reconciliación. Compromete de manera singular también al mundo de los emigrantes por las grandes analogías existentes entre su condición y la de los creyentes: “Toda la vida cristiana —escribí en la carta apostólica *Tertio millennio adveniente*— es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre” (n. 49). En esta Jornada mundial del emigrante, que se celebra en el tercer año de preparación para el Jubileo, quisiera hacer algunas reflexiones a la luz de esa constatación, para contribuir también de este modo a “ampliar los horizontes del creyente según la visión misma de Cristo: la visión del Padre celestial, por quien fue enviado y a quien volvió” (ib.).
2. “La tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes” (Lv 25, 23). Estas palabras del Señor, que recoge el libro del Levítico, contienen la motivación fundamental del Jubileo bíblico, al que corresponde, en los descendientes de Abraham, la conciencia de que son huéspedes y peregrinos en la tierra prometida.

El Nuevo Testamento extiende esa convicción a todos los discípulos de Cristo que, al ser ciudadanos de la patria celestial y conciudadanos de los santos

El Nuevo Testamento extiende esa convicción a todos los discípulos de Cristo que, al ser ciudadanos de la patria celestial y conciudadanos de los santos (cf. Ef 2, 19), no tienen morada permanente en la tierra y viven como nómadas (cf. 1 P 2, 11), siempre en busca de la meta definitiva.

Estas categorías bíblicas vuelven a ser significativas en el actual contexto histórico, fuertemente marcado por notables flujos migratorios y por un creciente pluralismo étnico y cultural. Asimismo, subrayan que la Iglesia, presente en todos los lugares de la tierra, no se identifica con ninguna etnia o cultura, dado que, como recuerda la Carta a Diogneto, los cristianos "viven en su patria, pero como forasteros; participan en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. (...) Viven en la tierra, pero son ciudadanos del cielo" (V, 1-9).

La Iglesia, por su naturaleza, es solidaria con el mundo de los emigrantes, los cuales, con su variedad de lenguas, razas, culturas y costumbres, le recuerdan su condición de pueblo peregrino desde todas las partes de la tierra hacia la patria definitiva. Esta perspectiva ayuda a los cristianos a evitar toda lógica nacionalista y a huir de los esquemas ideológicos demasiado estrechos. La Iglesia les recuerda que es preciso encarnar el Evangelio en la vida, para que se convierta en su levadura y alma, entre otras cosas gracias al constante esfuerzo por librarlo de esas incrustaciones culturales que frenan su dinamismo íntimo.



La Iglesia, por su naturaleza, es solidaria con el mundo de los emigrantes, los cuales, con su variedad de lenguas, razas, culturas y costumbres, le recuerdan su condición de pueblo peregrino.

3. El Antiguo Testamento manifiesta que Dios se pone de parte del extranjero, es decir, de parte del pueblo de Israel esclavo en Egipto. En la Nueva Ley, Dios se revela en Jesús, que nace en un establo, en los márgenes de la ciudad, "porque no había sitio para ellos en la posada" (Lc 2, 7), y no tiene un lugar donde reposar la cabeza durante su ministerio público (cf. Mt 8, 20; Lc 9, 58). Además, la cruz, centro de la revelación cristiana, constituye el momento culminante de esta radical condición de extranjero: Cristo muere "fuera de la puerta de la ciudad" (Hb 13, 12), rechazado por su pueblo. Sin embargo, el evangelista san Juan recuerda las palabras proféticas de Jesús: "Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí" (Jn 12, 32) y subraya que precisamente mediante su muerte comenzará a "reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52). Siguiendo el ejemplo del Maestro, también la Iglesia vive su presencia en el mundo con la actitud de peregrina, esforzándose por ser promotora de comunión, casa acogedora en la que a todo hombre se le reconozca la dignidad que le otorgó el Creador.

El Antiguo Testamento manifiesta que Dios se pone de parte del extranjero, es decir, de parte del pueblo de Israel esclavo en Egipto.

La Iglesia vive su presencia en el mundo con la actitud de peregrina, esforzándose por ser promotora de comunión, casa acogedora en la que a todo hombre se le reconozca la dignidad que le otorgó el Creador.

4. Las diferencias étnicas y culturales que existen en el seno de la Iglesia podrían constituir una fuente de división o dispersión si no existiera en ella la fuerza unificadora de la caridad, virtud que todos los cristianos están invitados a vivir de modo especial en este último año de preparación inmediata al

Jubileo. En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* escribí: "Será oportuno, especialmente en este año, resaltar la virtud teologal de la caridad, recordando la sintética y plena afirmación de la primera carta de Juan: 'Dios es amor' (1 Jn 4, 8.16). La caridad, en su doble faceta de amor a Dios y a los hermanos, es la síntesis de la vida moral del creyente. Ella tiene en Dios su fuente y su meta" (n. 50).

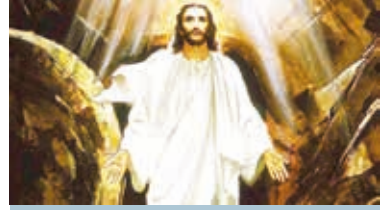
"Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Lv 19, 18). En el libro del Levítico esta afirmación aparece dentro de una serie de mandamientos que prohíben la injusticia. Uno de ellos prescribe: "Cuando un forastero resida junto a ti, en vuestra tierra, no le molestéis. Al forastero que reside junto a vosotros, lo miraréis como a uno de vuestro pueblo; y lo amarás como a ti mismo; pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. Yo soy el Señor, vuestro Dios" (Lv 19, 3334).

La motivación: "*pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto*", que acompaña constantemente el mandamiento de respetar y amar al emigrante, no pretende únicamente recordar al pueblo elegido su condición pasada; también quiere llamar su atención sobre el comportamiento de Dios, que con generosa iniciativa libró a su pueblo de la esclavitud y le dio gratuitamente una tierra. "Éras esclavo y Dios intervino para librarle; por tanto, has visto cómo Dios se comportó con el emigrante; haz tú lo mismo", es la reflexión implícita que brota de ese mandamiento.

La motivación: "pues forasteros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto", que acompaña constantemente el mandamiento de respetar y amar al emigrante.

5. En el Nuevo Testamento todas las distinciones entre los seres humanos desaparecen al derribar Cristo el muro de división entre el pueblo elegido y los paganos. "Él —escribe san Pablo— es nuestra paz: el que de los dos pueblos

hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad" (Ef 2, 14). Con la Pascua de Cristo no existen ya el vecino y el lejano, el judío y el pagano, el aceptado y el excluido.



Con la Pascua de Cristo no existen ya el vecino y el lejano, el judío y el pagano, el aceptado y el excluido.

El cristiano considera a todo hombre como el "prójimo", al que es preciso amar. No se pregunta a quién debe amar, porque preguntarse "¿quién es mi prójimo?" ya implica poner límites y condiciones. Un día dirigieron esa pregunta a Jesús y él respondió dándole la vuelta: la pregunta legítima no es "¿quién es mi prójimo?", sino "¿de quién debo hacerme prójimo?". Y la respuesta es: "cualquiera que sufra necesidad, aunque me sea desconocido, se convierte para mí en prójimo, al que debo ayudar". La parábola del buen samaritano (cf. Lc 10, 30-37) invita a cada uno a superar los confines de la justicia con la perspectiva del amor gratuito y sin límites.

El cristiano considera a todo hombre como el "prójimo", al que es preciso amar. No se pregunta a quién debe amar, porque preguntarse "¿quién es mi prójimo?" ya implica poner límites y condiciones.

Además, para el creyente, la caridad es don de Dios, carisma que, como la fe y la esperanza, ha sido derramado en nosotros por el Espíritu Santo (cf. Rm 5, 5): en cuanto don de Dios, no es utopía, sino realidad concreta; es buena nueva, Evangelio.

6. La presencia del emigrante interpela la responsabilidad de los creyentes como individuos y como comunidad. Por lo demás, la expresión privilegiada

de la comunidad es la parroquia. Como recuerda el concilio Vaticano II, ésta "ofrece un modelo preclaro de apostolado comunitario al congregar en unidad todas las diversidades humanas que en ella se encuentran, insertándolas en la universalidad de la Iglesia" (*Apostolicam actuositatem*, 10). La parroquia es lugar de encuentro e integración de todos los miembros de una comunidad. Hace visible y sociológicamente perceptible el proyecto de Dios de invitar a todos los hombres a la alianza sellada en Cristo, sin excepción o exclusión alguna.

La presencia del emigrante interpela la responsabilidad de los creyentes como individuos y como comunidad.

La parroquia es lugar de encuentro e integración de todos los miembros de una comunidad



La parroquia, que etimológicamente designa una habitación en la que el huésped se encuentra a gusto, acoge a todos y no discrimina a nadie, porque nadie le es ajeno.

La parroquia, que etimológicamente designa una habitación en la que el huésped se encuentra a gusto, acoge a todos y no discrimina a nadie, porque nadie le es ajeno. Conjuga la estabilidad y la seguridad de quien se encuentra en su propia casa con el movimiento o la precariedad de quien está de paso. Donde es vivo el sentido de la parroquia, se debilitan o desaparecen las diferencias entre autóctonos y extranjeros, pues prevalece la convicción de la común pertenencia a Dios, único Padre.

De la misión propia de toda comunidad parroquial y del significado que reviste dentro de la sociedad brota la importancia que la parroquia tiene en la acogida del extranjero, en la integración de los bautizados de culturas diferentes y en el diálogo con los creyentes de otras religiones. Para la comunidad parroquial no se trata de una actividad facultativa de suplencia, sino de un deber propio de su misión institucional.

La catolicidad no se manifiesta solamente en la comunión fraterna de los bautizados, sino también en la hospitalidad brindada al extranjero, cualquiera que sea su pertenencia religiosa, en el rechazo de toda exclusión o discriminación racial, y en el reconocimiento de la dignidad personal de cada uno, con el consiguiente compromiso de promover sus derechos inalienables.

La catolicidad no se manifiesta solamente en la comunión fraterna de los bautizados, sino también en la hospitalidad brindada al extranjero.

En este ámbito desempeñan un papel destacado los sacerdotes, llamados a ser en la comunidad parroquial ministros de unidad. A ellos "Dios les da su gracia para que sean servidores de Cristo entre los pueblos con el ejercicio del ministerio sagrado del Evangelio. Así, Dios aceptará la ofrenda de los pueblos santificada por el Espíritu Santo" (*Presbyterorum ordinis*, 2).

En este ámbito desempeñan un papel destacado los sacerdotes, llamados a ser en la comunidad parroquial ministros de unidad.

Encontrando en la celebración diaria del sacrificio divino el misterio de Jesús que dio su vida para reunir en la unidad a los hijos dispersos, los sacerdotes son impulsados a ponerse, cada vez con mayor fervor, al servicio de la unidad de todos los hijos del único Padre celestial, esforzándose para que cada uno ocupe su lugar en la comunión fraterna.

7. "Recordando que Jesús vino a evangelizar a los pobres ¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados?" (*Tertio millennio adveniente*, 51). Esta pregunta, que interpela a toda comunidad cristiana, pone de relieve el laudable compromiso de tantas parroquias en los barrios donde existen fenómenos como el desempleo, la concentración en espacios insuficientes de hombres y mujeres de diversa procedencia, la degradación vinculada con la pobreza, la escasez de servicios y la inseguridad. Las parroquias constituyen puntos visibles de referencia, fácilmente perceptibles y accesibles, y son un signo de esperanza y fraternidad a menudo entre laceraciones sociales notables, tensiones y explosiones de violencia. La escucha de la misma palabra de Dios, la celebración de las mismas liturgias, la participación en las mismas fiestas y tradiciones religiosas ayudan a los cristianos del lugar y a los de reciente inmigración a sentirse todos miembros de un mismo pueblo.



"Recordando que Jesús vino a evangelizar a los pobres ¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados?"

La participación en las mismas fiestas y tradiciones religiosas ayudan a los cristianos del lugar y a los de reciente inmigración a sentirse todos miembros de un mismo pueblo.

En un ambiente nivelado e igualado por el anonimato, la parroquia constituye un lugar de participación, de convivencia y de reconocimiento recíproco. Contra la inseguridad, ofrece un espacio de confianza, en el que se

aprende a superar los propios temores; ante la falta de referencia donde encontrar luz y estímulos para vivir juntos, presenta, a partir del Evangelio de Cristo, un camino de fraternidad y reconciliación.

Puesta en el centro de una realidad marcada por la precariedad, la parroquia puede llegar a ser un verdadero signo de esperanza. Canalizando las mejores energías del barrio, ayuda a la población a pasar de una visión fatalista de la miseria a un compromiso activo, encaminado a cambiar todos juntos las condiciones de vida.

La parroquia puede llegar a ser un verdadero signo de esperanza.

Numerosos miembros de las comunidades parroquiales están activamente comprometidos también en organismos y asociaciones que pretenden mejorar las condiciones de vida de las poblaciones. A la vez que expreso mi sincero aprecio por esas significativas realizaciones,

exhorto a las comunidades parroquiales a perseverar con valentía en la labor iniciada en favor de los emigrantes, para ayudar a promover en el territorio una calidad de vida más digna del hombre y de su vocación espiritual.

Exhorto a las comunidades parroquiales a perseverar con valentía en la labor iniciada en favor de los emigrantes.

8. Cuando se habla de emigrantes, no se puede por menos de tener en cuenta las condiciones sociales de los países de los que proceden. Son naciones donde generalmente se vive en situación de gran pobreza, que la deuda externa tiende a agravar. En la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* recordé que "en el espíritu del libro del Levítico (Lv 25, 828), los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo, proponiendo el Jubileo como un tiempo oportuno para pensar entre otras cosas en una notable reducción, si no en una total condonación, de la deuda internacional, que grava sobre el destino de muchas naciones" (n. 51). Se trata de uno de los aspectos que

vinculan más directamente las migraciones con el Jubileo, no sólo porque de esos países proceden los flujos migratorios más intensos, sino sobre todo porque el Jubileo, al proponer una visión de los bienes de la tierra que condena su posesión exclusiva (cf. Lv 25, 23), lleva al creyente a abrirse al pobre y al extranjero.

En los tiempos pasados, la creciente brecha entre ricos y pobres, al hacer imposible la convivencia social, exigía periódicas formas de nivelación para permitir una reanudación ordenada de la vida social. Así, aboliendo la hipoteca sobre las personas reducidas a esclavitud por deudas, se restablecía una nueva forma de igualdad. Las prescripciones del Jubileo bíblico representan una de las muchas formas de remedio del equilibrio social, producido por la espiral perversa que envuelve a los que se ven obligados a endeudarse para sobrevivir.

Ese fenómeno, que entonces concernía a las relaciones de los ciudadanos de una misma nación, resulta más dramático a causa de la actual globalización de la economía y del comercio, que afecta a las relaciones entre los Estados y las regiones del mundo. Para que el desequilibrio entre pueblos ricos y pueblos pobres no llegue a ser irreversible, con trágicas consecuencias para la humanidad entera, es preciso también hoy traducir el mandato bíblico en formas concretas y eficaces que permitan oportunas revisiones de la deuda que tienen los países pobres con respecto a los países ricos.



Cuando se habla de emigrantes, no se puede por menos de tener en cuenta las condiciones sociales de los países de los que proceden. Son naciones donde generalmente se vive en situación de gran pobreza, que la deuda externa tiende a agravar.

Formulo votos para que el próximo Jubileo, como desean tantos, constituya una ocasión propicia para encontrar las soluciones oportunas y ofrecer a los países pobres nuevas condiciones de dignidad y de desarrollo ordenado.

9. "El Jubileo podrá, además, ofrecer la oportunidad de meditar sobre otros desafíos (...) como, por ejemplo, la dificultad de diálogo entre culturas diversas" (*Tertio millennio adveniente*, 51).

El cristiano está llamado a evangelizar a los hombres, llegando a ellos donde se encuentren, a tratarlos con simpatía y con amor, a interesarse por sus problemas, a conocer y apreciar su cultura, a ayudarlos a superar los prejuicios. Esta forma concreta de cercanía a tantos hermanos que sufren necesidad los preparará para el encuentro con la luz del Evangelio y, estableciendo lazos de sincera estima y amistad, los llevará a formular la petición: "Queremos ver a Jesús" (Jn 12, 21). El diálogo es esencial para una convivencia serena y fecunda.

El cristiano está llamado a evangelizar a los hombres, llegando a ellos donde se encuentren, a tratarlos con simpatía y con amor, a interesarse por sus problemas, a conocer y apreciar su cultura.

Frente a los desafíos cada vez más urgentes del indiferentismo y la secularización, el Jubileo exige que se intensifique este diálogo. Con relaciones diarias, los creyentes están llamados a manifestar el rostro de una Iglesia abierta a todos, atenta a las realidades sociales y a cuanto permite a la persona humana afirmar su dignidad. En particular, los cristianos, conscientes del amor del Padre celestial, deberán reavivar su atención con respecto a los emigrantes para desarrollar un diálogo sincero y respetuoso, con vistas a la construcción de la "civilización del amor".

María santísima, "que acompaña con amor materno a la Iglesia peregrina y protege sus pasos hacia la patria celeste, hasta la venida gloriosa del Señor" (Misal romano, III Prefacio de la santísima Virgen) esté siempre presente en el corazón de los creyentes en este amplio horizonte de compromisos.

Con estos deseos, imparto a todos con afecto mi bendición.

VATICANO, 2 DE FEBRERO DE 1999

JUAN PABLO II



MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA LXXXVII JORNADA MUNDIAL DE LAS MIGRACIONES

**“LA PASTORAL DE LOS EMIGRANTES, CAMINO PARA
CUMPLIR LA MISIÓN DE LA IGLESIA, HOY”**

AMADÍSIMOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. “Jesucristo es el mismo, ayer, hoy y siempre” (Hb 13,8). Estas palabras del apóstol Pablo, elegidas como lema del Gran Jubileo que acaba de terminar, llaman la atención sobre la misión de Cristo, Verbo encarnado para la salvación del mundo. Fiel a su tarea al servicio del Evangelio, la Iglesia no deja de dirigirse a los hombres de todas las nacionalidades para anunciarles la buena noticia de la salvación.

Con el presente Mensaje para la Jornada Mundial de las Migraciones, quisiera detenerme a reflexionar sobre la misión evangelizadora de la Iglesia respecto a los fenómenos amplios y complejos de la emigración y de la movilidad. Este año se ha elegido para tal celebración el siguiente tema: “La pastoral de los emigrantes, camino para cumplir la misión de la Iglesia, hoy”. Se trata de un campo que interesa profundamente a los agentes de pastoral, pues ellos



Se trata de un campo que interesa profundamente a los agentes de pastoral, pues ellos son conscientes de los múltiples problemas que se deben afrontar en ese ámbito y de las distintas situaciones que llevan a hombres y mujeres a dejar su propio país.

son conscientes de los múltiples problemas que se deben afrontar en ese ámbito y de las distintas situaciones que llevan a hombres y mujeres a dejar su propio país. Una es la movilidad elegida libremente, y otra es la que nace de haber sido forzados por motivos ideológicos, políticos o económicos. Esto no se puede dejar de tener en cuenta en la elaboración y realización de una actividad pastoral apropiada para las categorías de los emigrantes y de los itinerantes.

Con esta denominación, el Dicasterio que tiene la tarea institucional de expresar la solicitud de la Iglesia hacia las personas implicadas en tal fenómeno resume toda la movilidad humana. Con el término de "emigrantes" se hace referencia, en primer lugar, a los prófugos y exiliados en busca de libertad y de seguridad fuera de

las fronteras de la propia patria, pero igualmente a los jóvenes que estudian en el exterior y a todos aquellos que dejan el propio país para buscar en otro lugar mejores condiciones de vida. El fenómeno de las migraciones está en continua expansión; esto plantea interrogantes y desafíos para la acción pastoral de la comunidad eclesial. Ya el Concilio Ecuménico Vaticano II, en el Decreto *Christus Dominus*, invitaba a que se tuviera una "solicitud particular por los fieles que, por la condición de su vida, no pueden gozar suficientemente del cuidado pastoral, común y ordinario de los párrocos o carecen totalmente de él, como son la mayor parte de los emigrantes, los exiliados y prófugos" (n. 18).

El fenómeno de las migraciones está en continua expansión; esto plantea interrogantes y desafíos para la acción pastoral de la comunidad eclesial.

En este fenómeno complejo intervienen múltiples elementos: la tendencia a favorecer la unidad jurídica y política de la familia humana; el notable incremento de los intercambios culturales; la interdependencia económica de los Estados; la liberalización del comercio y sobre todo de los capitales;

la multiplicación de las empresas multinacionales; el desequilibrio entre países ricos y países pobres; el desarrollo de los medios de comunicación y de transporte.

2. El entramado de todos esos elementos produce un movimiento de masas de una zona a otra del planeta. Aunque en distintos grados y formas, la movilidad ha llegado a ser una característica

La movilidad ha llegado a ser una característica general de la humanidad.

general de la humanidad, que abarca directamente a muchas personas y se refleja en otras. La amplitud y la complejidad del fenómeno invitan a un profundo análisis de los cambios estructurales que se han producido, como la globalización de la economía y de la vida social. La convergencia de razas, civilizaciones y culturas, en los mismos ordenamientos jurídicos y sociales, plantea un problema urgente de convivencia. Las fronteras tienden a caer, las distancias se acortan, los acontecimientos se repercuten aun en las zonas más lejanas.

Estamos asistiendo a un cambio profundo de la manera de pensar y de vivir, que no deja de presentar, junto a elementos positivos, también aspectos ambiguos. El sentido de lo provisional invita, por ejemplo, a preferir las novedades, a veces en menoscabo de la estabilidad y de una clara jerarquía de valores; al mismo tiempo, el espíritu se hace más curioso y disponible, más sensible y listo al diálogo. En este clima, el hombre puede verse llevado a profundizar las propias convicciones, pero también a caer en un fácil relativismo. La movilidad implica siempre un desarraigo del ambiente originario, que se traduce con frecuencia en una experiencia de gran soledad, con el peligro de perderse en el anonimato. De estas situaciones se puede desprender el rechazo al nuevo contexto, pero también una aceptación acrítica, en polémica con la experiencia anterior. A veces incluso aflora la disponibilidad a actualizarse pasivamente, lo que es una fácil fuente de alienación cultural y social. Los movimientos humanos implican múltiples posibilidades de apertura, encuen-

tro y agregación, pero no se puede ignorar que también suscitan manifestaciones de rechazo individual y colectivo, fruto de esas mentalidades cerradas que se hallan en las sociedades afectadas por desequilibrios y temores.

3. La Iglesia, en su actividad pastoral, procura tener constantemente presentes estos graves problemas. El anuncio del Evangelio se propone la salvación integral del hombre y su auténtica y efectiva liberación, logrando condiciones adecuadas a su dignidad. El conocimiento del hombre, que la Iglesia ha adquirido en Cristo, la impulsa a anunciar los derechos humanos fundamentales y a hacer oír su propia voz cuando éstos se ven atropellados. Por eso no se cansa de afirmar y defender la dignidad de la persona, destacando los derechos irrenunciables que de ella se desprenden. Éstos son, en particular, el derecho a tener una propia patria; a vivir libremente en el propio país; a vivir con la propia familia; a disponer de los bienes necesarios para llevar una vida digna; a conservar y desarrollar el propio patrimonio étnico, cultural y lingüístico; a profesar la propia religión, y a ser reconocido y tratado, en toda circunstancia, conforme a la propia dignidad de ser humano.

El anuncio del Evangelio se propone la salvación integral del hombre y su auténtica y efectiva liberación, logrando condiciones adecuadas a su dignidad.

Estos derechos encuentran una aplicación concreta en el concepto de bien común universal. Éste abarca toda la familia de los pueblos, por encima de cualquier egoísmo nacionalista. En este contexto, precisamente, se debe considerar el derecho a emigrar. La Iglesia lo reconoce a todo hombre, en el doble aspecto de la posibilidad de salir del propio país y la posibilidad de entrar en otro, en busca de mejores condiciones de vida. Desde luego, el ejercicio de ese derecho ha de ser reglamentado, porque una aplicación indiscriminada ocasionaría daño y perjuicio al bien común de las comunidades que acogen al migrante. Ante la afluencia de tantos intereses

al lado de las leyes de los distintos países, es preciso que existan normas internacionales capaces de establecer los derechos de cada uno, para impedir decisiones unilaterales que podrían ser perjudiciales para los más débiles.

A este respecto, en el Mensaje para la Jornada del Emigrante de 1993, recordé que, si bien es cierto que los países altamente desarrollados no siempre pueden absorber a todos los que emigran, hay que reconocer, sin embargo, que el criterio para determinar el límite de soportabilidad no puede ser la simple defensa del propio bienestar, descuidando las necesidades reales de quienes tristemente se ven obligados a solicitar hospitalidad.



Estos derechos encuentran una aplicación concreta en el concepto de bien común universal. Éste abarca toda la familia de los pueblos, por encima de cualquier egoísmo nacionalista.

4. La Iglesia, a través de su actividad pastoral, se preocupa porque no falte a los emigrantes la luz y el apoyo del Evangelio. Con el tiempo, ha ido aumentando su atención por los católicos que dejan su propio país. De Europa salían, sobre todo a fines del siglo XIX, masas enormes de emigrantes católicos que atravesaban el océano, con el peligro de perder la propia fe por falta de sacerdotes y de estructuras adecuadas. Al no conocer el idioma local, y sin poder, por tanto, beneficiarse de la atención pastoral ordinaria, se veían abandonados a sí mismos.

La emigración constituía, pues, de hecho, un peligro para la fe; esta era una grave preocupación para muchos Pastores, que llegaban,

La Iglesia, a través de su actividad pastoral, se preocupa porque no falte a los emigrantes la luz y el apoyo del Evangelio.

en algunos casos, incluso a poner trabas para su desarrollo. Más adelante, se vio claramente que el fenómeno no se podía detener. La Iglesia trató, entonces, de poner en marcha formas adecuadas de intervención pastoral, intuyendo que las migraciones podían ser un medio eficaz para la difusión de la fe en otros países. Sobre la base de la experiencia madurada en el transcurso de los años, la Iglesia elaboró una pastoral orgánica para asistir a los emigrantes y emanó la Constitución apostólica *Exsul Familia Nazarethana*. En ella se afirmaba que se debe tratar de garantizar a los emigrantes la misma atención y asistencia pastoral de la que gozan los cristianos del lugar, adaptando a la situación del emigrante católico la estructura de la pastoral ordinaria prevista para la preservación y desarrollo de la fe de los bautizados.

La Iglesia elaboró una pastoral orgánica para asistir a los emigrantes y emanó la Constitución apostólica Exsul Familia Nazarethana. En ella se afirmaba que se debe tratar de garantizar a los emigrantes la misma atención y asistencia pastoral de la que gozan los cristianos del lugar.

Sucesivamente, el Concilio Vaticano II afronta el fenómeno de las migraciones en sus distintas articulaciones: inmigrados, emigrados, prófugos, exiliados, estudiantes extranjeros, reuniéndolos, desde un punto de vista pastoral, en la categoría de aquellos que, al residir fuera de su propia patria, no pueden gozar del cuidado pastoral común y ordinario. Y los describe como fieles que, por vivir fuera de su propia patria o nación, necesitan la asistencia específica de un sacerdote del mismo idioma.

Se pasa de la consideración sobre la fe que está en peligro, a aquella más apropiada del derecho del emigrante al respeto, también en la atención pastoral, de su propio patrimonio cultural. Con esta perspectiva queda eliminado el límite, puesto por la *Exsul Familia*, de la asistencia pastoral hasta la tercera generación, y se afirma el derecho a la asistencia a los emigrantes hasta que tengan una necesidad real.

Los emigrantes no representan, en efecto, una categoría comparable a aquellas en las que está articulada la población parroquial -niños, jóvenes, personas casadas, obreros, empleados, etc.- que presentan una homogeneidad cultural y lingüística. Ellos forman parte de otra comunidad, a la que se aplica una pastoral con elementos semejantes a los del país de origen por lo que se refiere al respeto del patrimonio cultural, a la necesidad de un sacerdote del mismo idioma y a la exigencia de estructuras específicas permanentes. Se precisa una cura de almas estable, personalizada y comunitaria, capaz de ayudar a los fieles católicos en tiempo de emergencia, hasta su inserción en la Iglesia local, cuando serán capaces de valerse del ministerio ordinario de los sacerdotes en las parroquias territoriales.

5. Estos principios han sido acogidos en el ordenamiento canónico vigente, que ha introducido la pastoral de los emigrantes en la pastoral ordinaria. Más allá de las normas individuales, lo que caracteriza al nuevo Código, también en lo que respecta a la movilidad humana, es la inspiración eclesiológica del Concilio Vaticano II.

La atención pastoral a los emigrantes ha llegado a ser, pues, un actividad institucionalizada, que se dirige al fiel, considerado no tanto como individuo, sino como miembro de una comunidad particular para la cual la Iglesia organiza un servicio pastoral específico; éste, sin embargo, es, por su misma naturaleza, provisional y

La atención pastoral a los emigrantes ha llegado a ser, pues, un actividad institucionalizada, que se dirige al fiel, considerado no tanto como individuo, sino como miembro de una comunidad particular para la cual la Iglesia organiza un servicio pastoral específico.

transitorio, aunque la ley no establezca de modo perentorio ningún término para que cese. La estructura organizativa de ese servicio no es sustitutiva, sino cumulativa respecto a la cura parroquial territorial, en la cual, según se prevé,

tarde o temprano puede confluír. En efecto, la pastoral de los emigrantes, aunque tenga en cuenta que una determinada comunidad posee su propia lengua y cultura, que no han de ser ignoradas en el trabajo apostólico diario, no se propone, sin embargo, como propio objetivo específico, su conservación y desarrollo.

6. La historia enseña que cuando los fieles católicos han tenido un acompañamiento en su trasplante a otros países, no sólo han conservado la fe, sino que han encontrado un terreno fértil para profundizarla, personalizarla y dar testimonio de ella con su vida. En el transcurso de los siglos, las migraciones han representado un instrumento constante de anuncio del mensaje cristiano en enteras regiones. Hoy, el panorama de las migraciones va cambiando radicalmente: por un lado, disminuyen los flujos de emigrantes católicos; por el otro, aumentan los de emigrantes no cristianos que se van a establecer en países con mayoría católica.

La historia enseña que cuando los fieles católicos han tenido un acompañamiento en su trasplante a otros países, no sólo han conservado la fe, sino que han encontrado un terreno fértil para profundizarla, personalizarla y dar testimonio de ella con su vida.

En la Encíclica *Redemptoris missio* he recordado la tarea de la Iglesia hacia los emigrantes no cristianos, poniendo de relieve cómo ellos crean, con su instalación, nuevas ocasiones de contactos e intercambios culturales que impulsan a la comunidad cristiana que los acoge al diálogo, a la ayuda y a la fraternidad. Esto supone una toma de conciencia más viva de la importancia de la doctrina católica respecto a las religiones no cristianas (cfr. *Nostra Aetate*) para mantener un atento, constante y respetuoso diálogo interreligioso que ayude a un conocimiento y a un enriquecimiento recíprocos. "A la luz de la economía de la salvación, la Iglesia no ve un contraste entre el anuncio de Cristo y el diálogo interreligioso; sin embargo, siente la necesidad de

compaginarlos en el ámbito de su misión ad gentes. En efecto, conviene que estos dos elementos mantengan su vinculación íntima y, al mismo tiempo, su distinción, por lo cual no deben ser confundidos, ni instrumentalizados, ni tampoco considerados equivalentes, como si fueran intercambiables" (n. 55).

7. La presencia de inmigrantes no cristianos en los países de antigua tradición cristiana representa un desafío para las comunidades eclesiales. Es un fenómeno que fomenta en la Iglesia la caridad, por lo que se refiere a la acogida y ayuda a estos hermanos y hermanas en la búsqueda de trabajo y de vivienda. Se trata, en cierto modo, de una acción bastante semejante a la que muchos misioneros realizan en tierra de misiones, atendiendo a los enfermos, a los pobres y a los analfabetas. He aquí el estilo del discípulo: va al encuentro de las expectativas y exigencias del prójimo necesitado.



He aquí el estilo del discípulo: va al encuentro de las expectativas y exigencias del prójimo necesitado.

Objetivo fundamental de su misión es, de todos modos, el anuncio de Cristo y de su Evangelio. Él sabe que el anuncio de Jesucristo es el primer acto de caridad hacia el hombre, más allá de cualquier gesto de generosa solidaridad. No existe una verdadera evangelización, en efecto, "mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios" (Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, 22).

No existe una verdadera evangelización, en efecto, "mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios"

A veces, debido a un ambiente dominado por un indiferentismo y relativismo religioso siempre más difundido, la dimensión espiritual del compromiso caritativo se manifiesta con dificultad. Surge, además, en algunos, el temor de que el ejercicio de la caridad, con miras a la evangelización, pueda estar expuesto a la acusación de proselitismo. Anunciar y testimoniar el evangelio de la caridad constituye el tejido conectivo de la misión con los emigrantes (cfr. Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, 56).

Quisiera, aquí, rendir homenaje a los muchos apóstoles que han dedicado su existencia a esta tarea misionera y recordar también los esfuerzos de la Iglesia para satisfacer las expectativas de los emigrantes.

Quisiera, aquí, rendir homenaje a los muchos apóstoles que han dedicado su existencia a esta tarea misionera y recordar también los esfuerzos de la Iglesia para satisfacer las expectativas de los emigrantes. Entre ellos, deseo mencionar la Comisión Católica Internacional para las Migraciones, de cuya fundación se celebra el cincuentenario en el 2001. La Comisión nació en 1951 por iniciativa del entonces Substituto de la Secretaría de Estado, Mons. Giovanni Battista Montini. Se proponía ofrecer una respuesta a las exigencias de los movimientos migratorios ante el reto de la necesidad de un nuevo lanzamiento del aparato productivo, puesto en peligro por la guerra y por la situación dramática en que se encontraban enteras poblaciones, obligadas a desplazarse debido al nuevo orden geopolítico impuesto por los vencedores. Los cincuenta años de historia de esta asociación, con las adaptaciones que se realizaron para hacer frente a los cambios de las situaciones, dan testimonio de su multiforme, atenta y substancial actividad. El futuro Pontífice Pablo VI, en su intervención con motivo de la sesión de inauguración, el 5 de junio, 1951, contemplaba la necesidad de derribar los obstáculos que impedían las migraciones para dar posibilidad de trabajo a los desocupados y un refugio a los sin techo, agregando que la causa de la recién nacida Comisión Internacional para las Migraciones era la misma causa de Cristo. Son palabras que mantienen toda su actualidad.

Mientras doy gracias al Señor por el servicio prestado, quiero expresar el deseo de que dicha Comisión pueda seguir en su empeño de prestar atención y ayuda a los refugiados y a los emigrantes, con un vigor tanto más solícito, en cuanto más difíciles e inciertas se muestran las condiciones de esas categorías de personas.

8. El anuncio del evangelio de la caridad al amplio y diversificado mundo de los emigrantes comporta, hoy, una atención especial al ámbito de la cultura. Para muchos de ellos, viajar a países extranjeros significa encontrar modos de vivir y de pensar que les son ajenos, que producen distintas reacciones. Las ciudades y las naciones presentan siempre más comunidades multiétnicas y multiculturales. Es éste un gran desafío para los cristianos. Una lectura serena de esta nueva situación pone de relieve muchos valores que merecen gran aprecio. El Espíritu Santo no está condicionado por las etnias o las culturas, e ilumina e inspira a los hombres por muchos caminos misteriosos. Él, por distintas vías, acerca a todos a la salvación, a Cristo, Verbo encarnado, que es "el cumplimiento del anhelo de todas las religiones del mundo y, por ello mismo, es su única y definitiva culminación" (Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*, 6).

El anuncio del evangelio de la caridad al amplio y diversificado mundo de los emigrantes comporta, hoy, una atención especial al ámbito de la cultura.



El Espíritu Santo no está condicionado por las etnias o las culturas, e ilumina e inspira a los hombres por muchos caminos misteriosos.

Esta lectura ayudará, desde luego, al emigrante no cristiano, a ver en la propia religiosidad un fuerte elemento de identidad cultural y, al mismo tiempo, podrá darle la capacidad de descubrir los valores de la fe cristiana. Con ese objeto, es de gran utilidad la colaboración de las Iglesias locales y de los misioneros que conocen la cultura de los inmigrados. Se trata de establecer una comunicación entre las comunidades de emigrantes y las de los países de origen, informando, al mismo tiempo, a las comunidades receptoras acerca de las culturas y las religiones de los inmigrados, y los motivos que los han impulsado a emigrar.

Es importante ayudar a las comunidades receptoras, no sólo a abrirse a una hospitalidad caritativa, sino también al encuentro, a la colaboración y al intercambio de ideas; es oportuno, además, preparar el camino a agentes de pastoral que lleguen de los países de origen a los países de inmigración a trabajar entre sus compatriotas. Sería muy útil establecer para ellos centros de acogida que los preparen a sus nuevas tareas.

Es importante ayudar a las comunidades receptoras, no sólo a abrirse a una hospitalidad caritativa, sino también al encuentro, a la colaboración y al intercambio de ideas.

9. Este diálogo intercultural e interreligioso tan enriquecedor supone un clima de confianza mutua y de respeto por la libertad religiosa. Entre los sectores que se han de iluminar con la luz de Cristo está, por consiguiente, el de la libertad, en particular de la libertad religiosa —algunas veces todavía limitada o coartada— que es premisa y garantía de toda otra forma auténtica de libertad. “La libertad religiosa... —escribía en la *Redemptoris missio*— no es un problema de la religión de mayoría o de minoría, sino más bien un derecho inalienable de toda persona humana” (n. 39).

La libertad es una dimensión constitutiva de la misma fe cristiana, ya que ésta no es la transmisión de tradiciones humanas o el punto de llegada de argumentaciones filosóficas, sino un don gratuito de Dios, que se comunica en el respeto de la conciencia humana. El Señor es quien actúa eficazmente con su Espíritu; Él es el verdadero protagonista. Los hombres son instrumentos de los que Él se sirve, asignando a cada uno su propio papel.

Los hombres son instrumentos de los que Él se sirve, asignando a cada uno su propio papel.

El Evangelio es para todos: nadie queda excluido de la posibilidad de participar en la gloria del Reino divino. La misión de la Iglesia, hoy, consiste precisamente en hacer posible, de modo concreto, a todo ser humano, sin diferencias de cultura o de raza, el encuentro con Cristo. Deseo de todo corazón que sea ofrecida esta posibilidad a todos los emigrantes y me comprometo a orar por esto.

El Evangelio es para todos: nadie queda excluido de la posibilidad de participar en la gloria del Reino divino.

Confío el compromiso y los propósitos generosos de todos los que atienden a los emigrantes a María, Madre de Jesús, la humilde esclava del Señor que experimentó las penas de la emigración y del exilio. Ella guíe a los emigrantes del nuevo milenio hacia Aquél que es "la luz verdadera que ilumina a todo hombre" (Jn 1, 9).

Con esos votos, imparto una especial Bendición Apostólica a todos los que trabajan en este importante campo de actividad pastoral.

VATICANO, 2 DE FEBRERO, 2001.

JUAN PABLO II

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II CON MOTIVO DE LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE DEL AÑO 2002

“DESAFÍOS EMERGENTES EN UN MUNDO DONDE ESTÁN LLAMADOS A CONVIVIR HOMBRES Y MUJERES DE CULTURAS Y RELIGIONES DIVERSAS”

1. Durante los últimos decenios la humanidad ha ido adquiriendo el aspecto de una gran aldea, donde se han acortado las distancias y se ha extendido la red de comunicaciones. El desarrollo de los medios modernos de transporte facilita cada vez más los desplazamientos de personas de un país a otro, de un continente a otro. Una de las consecuencias de este importante fenómeno social es la presencia de cerca de ciento cincuenta millones de inmigrantes esparcidos en distintas partes de la tierra. Este hecho obliga a la sociedad y a la comunidad cristiana a reflexionar para responder adecuadamente, al inicio del nuevo milenio, a estos desafíos emergentes en un mundo donde están llamados a convivir hombres y mujeres de culturas y religiones diversas.

Para que esta convivencia se desarrolle de modo pacífico es indispensable que, entre los miembros de las diferentes religiones, caigan las barreras de la desconfianza, de los prejuicios y de los miedos que, por desgracia, aún existen. En cada país son necesarios

El desarrollo de los medios modernos de transporte facilita cada vez más los desplazamientos de personas de un país a otro, de un continente a otro.

Para que esta convivencia se desarrolle de modo pacífico es indispensable que, entre los miembros de las diferentes religiones, caigan las barreras de la desconfianza

el diálogo y la tolerancia recíproca entre cuantos profesan la religión de la mayoría y los que pertenecen a las minorías, constituidas frecuentemente por inmigrantes, que siguen religiones diversas. El diálogo es el camino real que hay que recorrer, y por esta senda la Iglesia invita a caminar para pasar de la desconfianza al respeto, del rechazo a la acogida.

Recientemente, al término del gran jubileo del año 2000, quise renovar en este sentido un llamamiento para que se entable "una relación de apertura y diálogo con representantes de otras religiones" (*Novo millennio ineunte*, 55). Para alcanzar este objetivo, no bastan las iniciativas que atraen el interés de los grandes medios de comunicación social; sirven, más bien, los gestos diarios realizados con sencillez y constancia, capaces de producir un auténtico cambio en la relación interpersonal.

2. El vasto e intenso entramado de fenómenos migratorios, que caracteriza nuestra época, multiplica las ocasiones para el diálogo interreligioso. Tanto los países de antiguas raíces cristianas como las sociedades multiculturales ofrecen oportunidades concretas de intercambios interreligiosos. Al continente europeo, marcado por una larga tradición cristiana, llegan ciudadanos que profesan otras creencias. Estados Unidos, tierra que ya vive una experiencia multicultural consolidada, acoge a seguidores de nuevos movimientos religiosos. En la India, donde prevalece el hinduismo, trabajan religiosos y religiosas católicos que prestan un servicio humilde y efectivo a los más pobres del país.



El vasto e intenso entramado de fenómenos migratorios, que caracteriza nuestra época, multiplica las ocasiones para el diálogo interreligioso.

El diálogo no siempre es fácil. Pero para los cristianos, su búsqueda paciente y confiada constituye un esfuerzo que hay que realizar siempre. Contando con la gracia del Señor, que ilumina las mentes y los corazones, permanecen abiertos y acogen a los que profesan otras religiones. Sin dejar de practicar con convicción su fe, buscan el diálogo también con los no cristianos. Sin embargo, saben bien que para dialogar de modo auténtico con los demás es indispensable un claro testimonio de la propia fe.

Este esfuerzo sincero de diálogo supone, por una parte, la aceptación recíproca de las diferencias, y a veces de las contradicciones, así como el respeto de las decisiones libres que las personas toman según su conciencia. Por tanto, es indispensable que cada uno, cualquiera que sea la religión a que pertenezca, tenga en cuenta las exigencias inderogables de la libertad religiosa y de conciencia, como puso de relieve el concilio Vaticano II (cf. *Dignitatis humanae*, 2).

Este esfuerzo sincero de diálogo supone, por una parte, la aceptación recíproca de las diferencias, y a veces de las contradicciones, así como el respeto de las decisiones libres que las personas toman según su conciencia.

Espero que esta convivencia solidaria se haga realidad también en los países donde la mayoría profesa una religión diversa de la cristiana, pero donde viven inmigrantes cristianos, los cuales, por desgracia, no siempre gozan de una libertad efectiva de religión y de conciencia.

Si, en el mundo de la movilidad humana, todos están animados por este espíritu, casi como en un crisol se crearán posibilidades providenciales para un diálogo fecundo, en el que no se negará jamás la centralidad de la persona. Este es el único camino para alimentar la esperanza de "alejarse del espectro funesto de las guerras de religión, que han bañado de sangre tantos períodos en la historia de la humanidad" (Novo millennio ineunte, 55) y han obligado

a menudo a muchas personas a abandonar sus países. Urge trabajar para que el nombre del único Dios se convierta, como debe ser, en "un nombre de paz y un imperativo de paz" (ib.).

3. "Migraciones y diálogo interreligioso" es el tema propuesto para la Jornada mundial del emigrante y el refugiado de 2002. Ruego al Señor para que esta celebración anual sea para todos los cristianos ocasión de profundizar en estos aspectos sumamente actuales de la nueva evangelización, valorando todos los instrumentos a disposición, para realizar en las comunidades parroquiales iniciativas apostólicas y pastorales adecuadas.

Si, en el mundo de la movilidad humana, todos están animados por este espíritu, casi como en un crisol se crearán posibilidades providenciales para un diálogo fecundo, en el que no se negará jamás la centralidad de la persona.

La parroquia representa el espacio en el que puede llevarse a cabo una verdadera pedagogía del encuentro con personas de convicciones religiosas y culturas diferentes.

La parroquia representa el espacio en el que puede llevarse a cabo una verdadera pedagogía del encuentro con personas de convicciones religiosas y culturas diferentes. En sus diversas articulaciones, la comunidad parroquial puede convertirse en lugar de acogida, donde se rea-

liza el intercambio de experiencias y dones, y esto no podrá por menos de favorecer una convivencia serena, previniendo el peligro de tensiones con los inmigrantes que profesan otras creencias religiosas.

Si todos tienen voluntad de dialogar, aun siendo diversos, se puede encontrar un terreno de intercambios provechosos y desarrollar una amistad útil y recíproca, que puede traducirse también en una eficaz colaboración para

alcanzar objetivos compartidos al servicio del bien común. Se trata de una oportunidad providencial, especialmente para las metrópolis donde es muy elevado el número de inmigrantes pertenecientes a culturas y religiones diferentes. A este propósito, se podría hablar de auténticos "laboratorios" de convivencia civil y diálogo constructivo. El cristiano, dejándose guiar por el amor a su divino Maestro, que con su muerte en la cruz redimió a todos los hombres, abre también sus brazos y su corazón a todos. Debe animarlo la cultura del respeto y la solidaridad, especialmente cuando se encuentra en ambientes multiculturales y multirreligiosos.

Si todos tienen voluntad de dialogar, aun siendo diversos, se puede encontrar un terreno de intercambios provechosos y desarrollar una amistad útil y recíproca

4. Cada día, en muchas partes del mundo, emigrantes, refugiados y desplazados se dirigen a parroquias y organizaciones católicas, buscando apoyo, y son acogidos sin tener en cuenta su pertenencia cultural y religiosa. El servicio de la caridad, que los cristianos siempre están llamados a realizar, no puede limitarse a la mera distribución de ayudas humanitarias. De este modo se crean nuevas situaciones pastorales, que la comunidad eclesial no puede por menos de tener en cuen-



Corresponderá a sus miembros buscar ocasiones oportunas para compartir con quienes son acogidos el don de la revelación del Dios Amor, "que tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único"

ta. Corresponderá a sus miembros buscar ocasiones oportunas para compartir con quienes son acogidos el don de la revelación del Dios Amor, "que tanto amó al mundo, que dio a su Hijo único" (Jn 3, 16). Junto con el pan material, es indispensable no descuidar el ofrecimiento del don de la fe, especialmente a través del propio testimonio existencial y siempre con gran respeto a todos. La acogida y la apertura recíproca permiten conocerse mejor y descubrir que las diversas tradiciones religiosas contienen a menudo valiosas semillas de verdad. El diálogo que resulta de ello puede enriquecer a cualquier espíritu abierto a la verdad y al bien.

De este modo, si el diálogo interreligioso constituye uno de los desafíos más significativos de nuestro tiempo, el fenómeno de las migraciones podría favorecer

El diálogo no debe esconder el don de la fe, sino exaltarlo.

su desarrollo. Obviamente, como escribí en la carta apostólica *Novo millennio ineunte*, este diálogo no podrá "basarse en el indiferentismo religioso" (n. 56). Antes bien, los cristianos "tenemos el deber de desarrollarlo dando el testimonio pleno de la esperanza que está en nosotros" (ib.). El diálogo no debe esconder el don de la fe, sino exaltarlo. Por otra parte, ¿cómo podríamos tener semejante riqueza sólo para nosotros? Debemos ofrecer a los emigrantes y a los extranjeros que profesan religiones diversas, y que la Providencia pone en nuestro camino, el mayor tesoro que poseemos, aunque con gran atención a la sensibilidad de los demás.

Para realizar esta misión es preciso dejarse guiar por el Espíritu Santo. En el día de Pentecostés, el Espíritu de verdad completó el proyecto divino sobre la unidad del género humano en la diversidad de las culturas y las religiones. Al escuchar a los Apóstoles, los numerosos peregrinos reunidos en Jerusalén exclamaron admirados: «Les oímos hablar en nuestra lengua las maravillas de Dios" (Hch 2, 11). Desde aquel día, la Iglesia prosigue su misión, proclamando las "maravillas" que Dios no cesa de realizar entre los miembros de las diferentes razas, pueblos y naciones.

Para realizar esta misión es preciso dejarse guiar por el Espíritu Santo. En el día de Pentecostés, el Espíritu de verdad completó el proyecto divino sobre la unidad del género humano en la diversidad de las culturas y las religiones.

5. A María, Madre de Jesús y de la humanidad entera, le encomiendo las alegrías y los esfuerzos de cuantos recorren con sinceridad el camino del diálogo entre culturas y religiones diversas, para que acoja bajo su amoroso manto a las personas implicadas en el vasto fenómeno de las migraciones. Que María, el "Silencio" en el cual la "Palabra" se hizo carne, la humilde "esclava del Señor" que conoció las tribulaciones de la migración y las pruebas de la soledad y el abandono, nos enseñe a testimoniar la Palabra que se hizo vida entre nosotros y por nosotros. Que ella nos disponga al diálogo sincero y fraterno con todos nuestros hermanos y hermanas emigrantes, aunque pertenezcan a religiones diversas.

Acompaño estos deseos con la seguridad de mi oración y os bendigo a todos con afecto.

CASTELGANDOLFO, 25 DE JULIO DE 2001

JUAN PABLO II

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II PARA LA 89° JORNADA MUNDIAL DE LOS EMIGRANTES Y REFUGIADOS (2003)

**“PARA UN EMPEÑO EN VENCER TODO RACISMO,
XENOFOBIA Y NACIONALISMO EXAGERADO”**

1. La emigración se ha convertido en un fenómeno global en el mundo actual e implica a todas las naciones, ya sean países de salida, de tránsito o de llegada. Afecta a millones de seres humanos, y plantea desafíos que la Iglesia peregrina, al servicio de toda la familia humana, no puede dejar de asumir y afrontar con el espíritu evangélico de caridad universal. La Jornada mundial de los emigrantes y refugiados de este año debería ser una renovada ocasión de especial oración por las necesidades de todos los que, por cualquier razón, se encuentran lejos de su hogar y de su familia; debería ser una jornada de seria reflexión sobre los deberes de los católicos para estos hermanos y hermanas.

La emigración se ha convertido en un fenómeno global en el mundo actual e implica a todas las naciones, ya sean países de salida, de tránsito o de llegada.

Entre las personas particularmente afectadas, se encuentran los más vulnerables de los extranjeros: los emigrantes indocumentados, los refugiados, los que buscan asilo, los desplazados a causa de continuos conflictos violentos en muchas partes del mundo, y las víctimas - en su mayoría mujeres y niños - del terrible crimen del tráfico humano. Aún en el pasado reciente hemos sido testigos de trágicos episodios de desplazamientos forzados de personas por motivos étnicos y ambiciones nacionalistas, que han sumado indecibles sufrimientos a la vida de grupos

elegidos como blancos. A la raíz de estas situaciones hay intenciones y acciones pecaminosas, que son contrarias al Evangelio y constituyen una llamada a los cristianos en todos los lugares a vencer el mal con el bien.

2. La participación en la comunidad católica no se determina por la nacionalidad o por el origen social o étnico, sino fundamentalmente por la fe en Jesucristo y por el bautismo en nombre de la Santísima Trinidad. El carácter "cosmopolita" del Pueblo de Dios es visible hoy prácticamente en toda Iglesia particular, porque la emigración ha transformado

La participación en la comunidad católica no se determina por la nacionalidad o por el origen social o étnico, sino fundamentalmente por la fe en Jesucristo y por el bautismo en nombre de la Santísima Trinidad.

incluso comunidades pequeñas y antes aisladas en realidades pluralistas e interculturales. Lugares donde hasta hace poco raramente se veía un extranjero son ahora hogar de personas de diferentes partes del mundo. Por ejemplo, durante la eucaristía dominical, cada vez con mayor frecuencia, se proclama la Buena Nueva en lenguas antes jamás oídas. De tal forma se da mayor expresión a la exhortación del antiguo salmo: "Alabad al Señor todas las naciones, aclamadlo todos los pueblos" (Sal 116, 1). Por tanto, estas comunidades tienen nuevas oportunidades de vivir la experiencia de la catolicidad, una nota de la Iglesia que expresa su apertura esencial a todo lo que es obra del Espíritu en cada pueblo.

La Iglesia considera que restringir la participación en una comunidad local sobre la base de características étnicas u otras, similares, sería un empobrecimiento para todos los implicados, y contradiría el derecho básico del bautizado de participar en el culto y en la vida de la comunidad. Además, si los recién llegados no se sienten acogidos cuando se acercan a una comunidad parroquial particular porque no hablan la lengua local o no siguen las costumbres

locales, fácilmente se convertirán en la "oveja pérdida". El abandono de estos "pequeños" por razones de discriminación, aunque sea latente, debería ser causa de grave preocupación para los pastores y también para los fieles.

3. Esto nos lleva a un tema que he mencionado a menudo en mis Mensajes para la Jornada mundial de los emigrantes y refugiados, es decir, el deber cristiano de acoger a cualquier persona que pase necesidad. Esta apertura

construye comunidades cristianas fervientes, enriquecidas por el Espíritu con los dones que les aportan los nuevos discípulos procedentes de otras culturas. Esta expresión básica del amor evangélico es igualmente la inspiración de innumerables programas de solidaridad con los emigrantes y los refugiados en todas las partes del mundo. Para comprender la amplitud de este patrimonio eclesial de servicio concreto a los inmigrantes y a las personas desplazadas es suficiente recordar las obras y el legado de figuras como santa Francisca Javier Cabrini o el obispo Juan Bautista Scalabrini, o la vasta acción de la agencia caritativa católica Cáritas y de la Comisión Católica Internacional de Migración.

La Iglesia considera que restringir la participación en una comunidad local sobre la base de características étnicas u otras, similares, sería un empobrecimiento para todos los implicados, y contradiría el derecho básico del bautizado de participar en el culto y en la vida de la comunidad.

Esta apertura construye comunidades cristianas fervientes, enriquecidas por el Espíritu con los dones que les aportan los nuevos discípulos procedentes de otras culturas

Pero a menudo la solidaridad resulta difícil. Requiere formación y despojarse de actitudes de aislamiento, que en muchas sociedades se han hecho hoy más sutiles y penetrantes. Para afrontar este fenómeno, la Iglesia posee grandes recursos educativos y formativos en todos los ámbitos. Por tanto, exhorto a los padres y a los maestros a combatir el racismo y la xenofobia, inculcando actitudes positivas basadas en la doctrina social católica.

4. Los cristianos, cada vez más arraigados en Cristo, deben esforzarse por superar toda tendencia a encerrarse en sí mismos, y aprender a discernir en las personas de otras culturas la obra de Dios. Sólo un amor auténticamente evangélico será suficientemente fuerte para ayudar a las comunidades a pasar de la mera tolerancia en

relación con los demás al respeto real de sus diferencias. Sólo la gracia redentora de Cristo puede hacernos vencer este desafío diario de transformar el egoísmo en generosidad, el temor en apertura y el rechazo en solidaridad.

Los cristianos, cada vez más arraigados en Cristo, deben esforzarse por superar toda tendencia a encerrarse en sí mismos, y aprender a discernir en las personas de otras culturas la obra de Dios.

Así pues, exhorto a los católicos a sobresalir en este espíritu de solidaridad con los recién llegados a ellos. Invito también a los inmigrantes a reconocer el deber de honrar a los países que los acogen, y respetar las leyes, la cultura y las tradiciones de los habitantes que los han recibido. Sólo de este modo reinará la armonía social.

Cierto, el camino hacia la verdadera aceptación de los inmigrantes en su diversidad cultural actualmente es difícil y, en algunos casos, se trata de un verdadero vía crucis. Esto no debe desanimarnos de seguir la voluntad de Dios, que desea atraer a sí a todos los hombres en Cristo, a través del instrumento que es su Iglesia, sacramento de la unidad de todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1).

A veces este camino requiere una palabra profética que indique lo que es malo y aliente lo que es correcto. Cuando surgen tensiones, la credibilidad de la Iglesia en su doctrina sobre el respeto fundamental debido a toda persona reside en la valentía moral de los pastores y los fieles de "apostar por la caridad" (cf. *Novo millennio ineunte*, 47).

5. Huelga decir que las comunidades culturales mixtas ofrecen oportunidades únicas para profundizar el don de la unidad con otras Iglesias cristianas y Comunidades eclesiales. De hecho, muchas de ellas han trabajado en el seno de sus propias comunidades y con la Iglesia católica para formar sociedades donde se aprecie sinceramente las culturas de los emigrantes y sus dones específicos, y con talante profético se haga frente a las manifestaciones de racismo, xenofobia y nacionalismo exagerado.

Formar sociedades donde se aprecie sinceramente las culturas de los emigrantes y sus dones específicos, y con talante profético se haga frente a las manifestaciones de racismo, xenofobia y nacionalismo exagerado.

Que María Santísima, nuestra Madre, que también experimentó el rechazo en el preciso momento en que estaba a punto de dar a su Hijo al mundo, ayude a la Iglesia a ser signo e instrumento de la unidad de las culturas y naciones en una única familia. Que ella nos ayude a todos a testimoniar en nuestra vida la Encarnación y la presencia constante de Cristo, quien, por medio de nosotros, desea proseguir en la historia y en el mundo su obra de liberación de todas las formas de discriminación, rechazo y marginación. Que las abundantes bendiciones de Dios acompañen a quienes acogen al extranjero en nombre de Cristo.

VATICANO, 24 DE OCTUBRE DE 2002

JOANNES PAULUS PP. II

MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y EL REFUGIADO (2004)

“EMIGRACIONES EN UNA VISIÓN DE PAZ”

1. La Jornada mundial del emigrante y el refugiado, que tiene por tema: “Emigraciones en una visión de paz”, ofrece este año la oportunidad de reflexionar en un tema muy importante. En efecto, este tema atrae, por contraste, la atención de la opinión pública hacia la movilidad humana forzada, centrándose en algunos aspectos problemáticos de gran actualidad a causa de la guerra y la violencia, el terrorismo y la opresión, la discriminación y la injusticia, por desgracia siempre presentes en la crónica diaria. Los medios de comunicación social introducen en las casas imágenes de sufrimiento, de violencia y de conflictos armados. Son tragedias que trastornan países y continentes; y con frecuencia las zonas más afectadas son también las más pobres. De este modo, a un drama se suman otros.

Lamentablemente, nos estamos acostumbrando a ver el peregrinar desconsolado de los desplazados, la fuga desesperada de los refugiados, la llegada -con todo tipo de medios- de inmigrantes a los países más ricos en busca de soluciones para sus numerosas exigencias personales y familiares. Surge entonces la pregunta: ¿Cómo hablar de paz cuando se producen constantemente situaciones de tensión en no pocas regiones de la tierra? ¿Cómo puede el fenómeno de las migraciones contribuir a construir la paz entre los hombres?

¿Cómo puede el fenómeno de las migraciones contribuir a construir la paz entre los hombres?

2. Nadie puede negar que la aspiración a la paz se encuentra arraigada en el corazón de gran parte de la humanidad. Precisamente ese es el deseo ardiente que impulsa a buscar todo tipo de medios a fin de alcanzar un futuro mejor para todos. Cada vez se afianza más la convicción de que es preciso combatir el mal de la guerra en su raíz, porque la paz no es únicamente ausencia de conflictos, sino un proceso dinámico y participativo a largo plazo, en el que se debe implicar a todos los estamentos sociales, desde la familia hasta la escuela, pasando por las diversas instituciones y organismos nacionales e internacionales. Juntos se puede y se debe construir una cultura de paz, que permita prevenir el recurso a las armas y cualquier forma de violencia. Por eso, hay que apoyar los gestos y los esfuerzos concretos de perdón y reconciliación; es preciso superar contiendas y divisiones, que de otra manera se perpetuarían sin perspectivas de solución.

Nadie puede negar que la aspiración a la paz se encuentra arraigada en el corazón de gran parte de la humanidad.

Asimismo, conviene reafirmar con vigor que no puede haber auténtica paz sin justicia y sin respeto de los derechos humanos. En efecto, existe un vínculo muy estrecho entre la justicia y la paz, como ya puso de relieve el profeta en el Antiguo Testamento: "Opus iustitiae pax" (Is 32, 17).

Conviene reafirmar con vigor que no puede haber auténtica paz sin justicia y sin respeto de los derechos humanos.

3. Crear condiciones concretas de paz, por lo que atañe a los emigrantes y refugiados, significa comprometerse seriamente a defender ante todo el derecho a no emigrar, es decir, a vivir en paz y dignidad en la propia patria. Gracias a una atenta administración local o nacional, a un comercio más equitativo y a una

cooperación internacional solidaria, cada país debe poder asegurar a sus propios habitantes no sólo la libertad de expresión y de movimiento, sino también la posibilidad de colmar necesidades fundamentales, como el alimento, la salud, el trabajo, la vivienda, la educación, cuya frustración pone a mucha gente en condiciones de tener que emigrar a la fuerza.

Crear condiciones concretas de paz, por lo que atañe a los emigrantes y refugiados, significa comprometerse seriamente a defender ante todo el derecho a no emigrar, es decir, a vivir en paz y dignidad en la propia patria.

Ciertamente, existe también el derecho a emigrar. En la base de este derecho, como recuerda el beato Juan XXIII en su encíclica *Mater et Magistra*, se encuentra el destino universal de los bienes de este mundo (cf. nn. 30 y 33). Desde luego, corresponde a los Gobiernos regular los flujos migratorios, respetando plenamente la dignidad de las personas y las necesidades de sus familias, y teniendo en cuenta las exigencias de las sociedades que acogen a los inmigrantes. A este respecto, ya existen acuerdos internacionales en defensa de los emigrantes, así como de cuantos buscan en otro país refugio o asilo político. Son acuerdos que siempre se pueden seguir perfeccionando.



4. Nadie debe quedar insensible ante las condiciones en que se encuentran multitud de emigrantes. Se trata de personas que están a merced de los acontecimientos y que a menudo han vivido situaciones

Nadie debe quedar insensible ante las condiciones en que se encuentran multitud de emigrantes

dramáticas. Los medios de comunicación social transmiten imágenes impresionantes, y en ocasiones escalofriantes, de esas personas. Se trata de niños, jóvenes, adultos y ancianos con rostros macilentos y ojos llenos de tristeza y soledad. En los campos de acogida sufren a veces graves privaciones. Sin embargo, a este respecto, es necesario reconocer el laudable esfuerzo realizado por no pocas organizaciones públicas y privadas para aliviar las preocupantes situaciones que se han producido en diversas regiones del mundo.

Tampoco se puede dejar de denunciar el tráfico practicado por explotadores sin escrúpulos que abandonan en el mar, en embarcaciones precarias, a personas que buscan desesperadamente un futuro menos incierto. Los que se hallan en condiciones críticas necesitan intervenciones solícitas y concretas.

5. A pesar de los problemas a los que he aludido, el mundo de los emigrantes puede contribuir en gran medida a la consolidación de la paz. En efecto, las emigraciones pueden facilitar el encuentro y la comprensión entre las personas y las comunidades, e incluso entre las civilizaciones. Este diálogo intercultural enriquecedor constituye, como escribí en el Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2001, un "camino necesario para la construcción de un mundo reconciliado".

Las emigraciones pueden facilitar el encuentro y la comprensión entre las personas y las comunidades, e incluso entre las civilizaciones.

Eso sucede cuando los inmigrantes son tratados con el respeto debido a la dignidad de cada persona; cuando con todos los medios se favorece la cultura de la acogida y la cultura de la paz, que armoniza las diferencias y busca el diálogo, aun sin caer en formas de indiferentismo cuando están en juego los valores. Esta apertura solidaria se transforma en ofrecimiento y condición de paz.

Si se fomenta una integración gradual entre todos los inmigrantes, respetando su identidad y, al mismo tiempo, salvaguardando el patrimonio cultural de las poblaciones que los acogen, se corre menos riesgo de que los inmigrantes se concentren formando auténticos "guetos", aislándose del contexto social y acabando a veces por alimentar incluso el deseo de conquistar gradualmente el territorio.

Cuando las "diversidades" se encuentran, integrándose, dan vida a una "convivencia de las diferencias". Se redescubren los valores comunes a toda cultura, capaces de unir y no de separar; valores que hunden sus raíces

Cuando las "diversidades" se encuentran, integrándose, dan vida a una "convivencia de las diferencias".

en el idéntico humus humano. Eso ayuda a entablar un diálogo fecundo para construir un camino de tolerancia recíproca, realista y respetuosa de las peculiaridades de cada uno. En estas condiciones, el fenómeno de las migraciones contribuye a cultivar el "sueño" de un futuro de paz para la humanidad entera.

6. ¡Bienaventurados los constructores de paz! (cf. Mt 5, 9), así dice el Señor. Para los cristianos, la búsqueda de una comunión fraterna entre los hombres tiene su fuente y su modelo en Dios, uno en la naturaleza y trino en las Personas. Deseo de corazón que todas las comunidades eclesiales compuestas por emigrantes y refugiados y por los que los acogen, encontrando estímulos en las fuentes de la gracia, se esfuercen incansablemente por construir la paz. Nadie debe resignarse a la injusticia, ni dejarse abatir por las dificultades y las molestias.

Si son muchos los que comparten el "sueño" de un mundo en paz, y si se valora la aportación de los inmigrantes y los refugiados, la humanidad puede transformarse cada vez más en familia de todos, y nuestra tierra verdaderamente en "casa común".

7. Con su vida, y sobre todo con su muerte en la cruz, Jesús nos mostró cuál es el camino que debemos recorrer. Con su resurrección nos aseguró que el bien siempre triunfa sobre el mal y que todos nuestros esfuerzos y nuestras penas, ofrecidos al Padre celestial en comunión con su Pasión, contribuyen a la realización del plan universal de salvación.

Con esta certeza, invito a los que están comprometidos en el vasto sector de las migraciones a ser constructores de paz.

Con esta certeza, invito a los que están comprometidos en el vasto sector de las migraciones a ser constructores de paz. Para esto aseguro un recuerdo especial en mi oración y, a la vez que invoco la maternal intercesión de María, Madre del Hijo unigénito de Dios hecho hombre, envío a todos y cada uno mi bendición.

VATICANO, 15 DE DICIEMBRE DE 2003

JUAN PABLO II



MENSAJE DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II PARA LA JORNADA MUNDIAL DEL EMIGRANTE Y EL REFUGIADO (2005)

“LA INTEGRACIÓN INTERCULTURAL”

QUERIDOS HERMANOS Y HERMANAS:

1. Se aproxima la Jornada del Emigrante y del Refugiado. En el Mensaje anual, que suelo enviaros con esta ocasión, quisiera referirme, esta vez, al fenómeno migratorio desde el punto de vista de la integración.

Muchos utilizan esta palabra para indicar la necesidad de que los emigrantes se inserten de verdad en los países de acogida, pero el contenido de este concepto y su práctica no se definen fácilmente. A este respecto, me complace trazar su marco recordando la reciente Instrucción «Erga migrantes caritas Christi» (cf. nn. 2, 42, 43, 62, 80 y 89).

En ella la integración no se presenta como una asimilación, que induce a suprimir o a olvidar la propia identidad cultural. El contacto con el otro lleva, más bien, a descubrir su «secreto», a abrirse a él para

En ella la integración no se presenta como una asimilación, que induce a suprimir o a olvidar la propia identidad cultural.

aceptar sus aspectos válidos y contribuir así a un conocimiento mayor de cada uno. Es un proceso largo, encaminado a formar sociedades y culturas, haciendo que sean cada vez más reflejo de los multiformes dones de Dios a los hombres. En ese proceso, el emigrante se esfuerza por dar los pasos necesarios para la integración social, como el aprendizaje de la lengua nacional y la adecuación a las leyes y a las exigencias del trabajo, a fin de evitar la creación de una diferenciación exasperada.

No trataré los diversos aspectos de la integración. En esta ocasión, sólo deseo profundizar con vosotros en algunas implicaciones del aspecto intercultural.

2. De todos es conocido el conflicto de identidad que a menudo se verifica en el encuentro entre personas de culturas diversas. En ello no faltan elementos positivos. Al insertarse en un ambiente nuevo, el inmigrante con frecuencia toma mayor conciencia de quién es, especialmente cuando siente la falta de personas y valores que son importantes para él.

En nuestras sociedades, marcadas por el fenómeno global de la migración, es preciso buscar un justo equilibrio entre el respeto de la propia identidad y el reconocimiento de la ajena. En efecto, es necesario reconocer la legítima pluralidad de las culturas presentes en un país, en compatibilidad con la tutela del orden, del que dependen la paz social y la libertad de los ciudadanos.

En efecto, se deben excluir tanto los modelos asimilacionistas, que tienden a hacer que el otro sea una copia de sí, como los modelos de marginación de los inmigrantes, con actitudes que pueden llevar incluso a la práctica del apartheid. Es preciso seguir el camino de la auténtica integración (cf. *Ecclesia in Europa*, 102), con

Es preciso seguir el camino de la auténtica integración.



En nuestras sociedades, marcadas por el fenómeno global de la migración, es preciso buscar un justo equilibrio entre el respeto de la propia identidad y el reconocimiento de la ajena.

una perspectiva abierta, que evite considerar sólo las diferencias entre inmigrantes y autóctonos (cf. Mensaje para la Jornada mundial de la paz de 2001, n. 12).

3. Así surge la necesidad del diálogo entre hombres de culturas diversas en un marco de pluralismo que vaya más allá de la simple tolerancia y llegue a la simpatía. Una simple yuxtaposición de grupos de emigrantes y autóctonos tiende a la recíproca cerrazón de las culturas, o a la instauración entre ellas de simples relaciones de exterioridad o de tolerancia. En cambio, se debería promover una fecundación recíproca de las culturas. Eso supone el conocimiento y la apertura de las culturas entre sí, en un marco de auténtico entendimiento y benevolencia.

Así surge la necesidad del diálogo entre hombres de culturas diversas en un marco de pluralismo que vaya más allá de la simple tolerancia y llegue a la simpatía.

Además, los cristianos, por su parte, conscientes de la trascendente acción del Espíritu, saben reconocer la presencia en las diversas culturas de «valiosos elementos religiosos y humanos» (cf. *Gaudium et spes*, 92), que pueden ofrecer sólidas perspectivas de entendimiento mutuo. Obviamente, es preciso conjugar el principio del respeto de las diferencias culturales con el de la tutela de los valores comunes irrenunciables, porque están fundados en los derechos humanos universales. De aquí brota el clima de «racionalidad cívica» que permite una convivencia amistosa y serena.

Los cristianos, si son coherentes consigo mismos, no pueden pues renunciar a predicar el Evangelio de Cristo a todas las gentes (cf. Mc 16, 15). Obviamente, lo deben hacer respetando la conciencia de los demás y practicando siempre el método de la caridad, como ya recomendaba san Pablo a los primeros cristianos (cf. Ef 4, 15).

Los cristianos, si son coherentes consigo mismos, no pueden pues renunciar a predicar el Evangelio de Cristo a todas las gentes.

4. La imagen del profeta Isaías que he recordado varias veces en los encuentros con los jóvenes de todo el mundo (cf. Is 21, 11-12) podría utilizarse también aquí para invitar a todos los creyentes a ser «centinelas de la mañana». Como centinelas, los cristianos deben ante todo escuchar el grito de ayuda que lanzan tantos inmigrantes y refugiados, y luego deben promover, con un compromiso activo, perspectivas de esperanza, que anticipen el alba de una sociedad más abierta y solidaria. A ellos, en primer lugar, corresponde descubrir la presencia de Dios en la historia, incluso cuando todo parece estar aún envuelto en las tinieblas.

Los cristianos deben ante todo escuchar el grito de ayuda que lanzan tantos inmigrantes y refugiados, y luego deben promover, con un compromiso activo, perspectivas de esperanza, que anticipen el alba de una sociedad más abierta y solidaria.

Con este deseo, que transformo en oración al Dios que quiere reunir en torno a sí a todos los pueblos y a todas las lenguas (cf. Is 66, 18), envío a cada uno con gran afecto mi bendición.

VATICANO, 24 DE NOVIEMBRE DE 2004

IOANNES PAULUS PP. II



Joannes Paulus r. II